

El colectivismo agrario en Portugal. Historia de un problema

POR
ALBERT SILBERT

NOTA INTRODUCTORIA DEL TRADUCTOR

El texto que reproducimos pertenece a la obra *Do Portugal de Antigo Régime ao Portugal oitocentista*, del profesor Albert Silbert, de la Sorbona parisiense. Se trata de un estudio de singular penetración e interés, tanto para portugueses como para españoles. Los primeros tienen en Silbert, para que me entiendan los lectores del lado de acá que no le conozcan, una especie de «Pierre Vilar en Portugal», es decir, el más eminente entre muchos lusistas de Francia (los profesores Silbert y Vilar en la Sorbona, ilustres lusista e hispanista, respectivamente, ambos apuntan con frecuencia caminos y métodos de estudio nuevos a las correspondientes historias).

Precisamente por ello, y en gratitud a una obra larga y fecunda, se le tributó en Coimbra, en 1991, un hermoso homenaje al que se sumó la Asociación Portuguesa de Historia Económica, otorgándole muy solemnemente, como ellos saben hacer, el doctorado «Honoris Causa» de esa celeberrima universidad. Una sorpresa para todos fue la asistencia al acto, de imprevisto, del presidente de la República, Mario Soares, discípulo y amigo del profesor Silbert. En su entorno debatimos por un par de días un grupo de destacados historiadores portugueses y dos españoles (mi colega Santiago Zapata, de la Universidad de Extremadura, y yo mismo) invitados a los actos y a participar en un fecundo encuentro científico, cuyas actas verán pronto luz; yo participé con una ponencia sobre los intentos de establecer una «Zollverein» o unión aduanera luso-hispana en el siglo pasado, a la manera de la interalemana.

Con ese motivo, y animado por su amable atención, en un aparte le pedí autorización para traducir y publicar en algún medio nuestro este importante texto, publicado en primer lugar en la revista *Economía e Finanças*, vol. XXVIII (1960), pp. 987-1057, y recogido en libro (Lisboa, Livros Horizonte, serie Horizonte Universitario, 1981, pp. 199-281). Me la dio complacido. Si no ha visto luz con anterioridad se ha debido, aparte de mi exceso de trabajo pendiente, a que no se veía fácil su publicación, que ahora hemos decidido incluir en este número de los *Anales de la Fundación Joaquín Costa*.

He realizado esa traducción casi al pie de la letra, es decir, bien poco literariamente (me he permitido muy pocas libertades, no soy Basilio Losada, el magnífico traductor de Saramago). El trabajo me ha sido facilitado con la transcripción de mis dictados por Pilar Gil, adscrita al grupo de Economía Política de la Facultad de Derecho, que lidera el profesor Alfonso Sánchez Hormigo, quien junto Ernest Lluch, estudioso y profesor de Historia del Pensamiento Económico, y quien esto firma, llevamos a cabo desde hace unos años un ambicioso proyecto de estudio del pensamiento económico que se desarrolla en Aragón en los siglos XVIII y XIX, generosamente financiado por el Instituto Aragonés de Fomento.

En estos últimos años ha sido muy notable el acopio de materiales tanto jurídicos como antropológicos en los *Anales de la Fundación Joaquín Costa*. Los segundos, gracias a esa ya habitual comparecencia de los trabajos realizados en torno a Carmelo Lisón Tolosana, que suponen un corpus insustituible para la Antropología española y aun internacional. En ese contexto, estoy seguro de que esta aportación, tan minuciosa y crítica cuanto rigurosa, se insertará recabando la atención y el interés de muchos estudiosos.

Es hora, y ya es tarde, de insistir en romper los viejos muros mentales que nos separan del entrañable país vecino, tantas veces ignorado y, por ello, como diría el machadiano Juan de Mairena, despreciado. Ojalá contribuya a ello este estudio. Del lado de allá se indaga no tanto si los pioneros de la sociología, la antropología, la política social agraria, conocen a su contemporáneo Costa, lo que se da por sentado y probado, sino en qué medida trabajan en su línea y cuáles son, acaso, las fuentes comunes de inspiración, varios de los más celebrados estudiosos franceses, alemanes, etc.

Del lado de acá, poco se ha hecho de estudio comparado, aunque ya Cheyne en su fundamental *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)* publicado en español en 1981, señalaba veinte artículos de Costa sobre Portugal y sus colonias, tres de ellos publicados en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, y el resto en la *Revista de Geografía Comercial*, ambas bajo su dirección un cierto tiempo. La consulta, con esa ayuda, no puede ser más fácil.

Por otra parte, el más pulcro estudioso entre nosotros del Costa historiador, Alberto Gil Novales, publicó hace ya años, en la tan entrañable como mal conocida revista *El Ribagorzano*, editada a modo de continuación (tercera época) de la fundada e inspirada por Costa en su retiro de Graus, dos artículos sobre «El iberismo de Costa», llenos de penetración y jugo, que bien deberíamos, con su permiso, recoger en estos *Anales* a no tardar. Mientras tanto, para quienes deseen conocerlos ya, diré que se encuentran en los números 4 y 5 de esa por ahora última etapa, aparecidos en junio y julio de 1981, ambos en la página 13, apretadísima en los dos casos.

Es de celebrar que, a propósito del 150 aniversario del nacimiento de Costa, hayamos dispuesto de alguna ayuda complementaria y algún presupuesto menos

magro, como para publicar un número extra de los *Anales*, que incluya así, junto a la citada sección de antropología, este largo pero importante trabajo de Albert Silbert. Sin duda, supondrá una aportación de interés hacia el próximo Congreso Español de Antropología, que se celebrará en septiembre en Zaragoza, en fechas muy próximas a las del 150 aniversario del nacimiento de Costa. Y, en fin, es de celebrar que este texto será seguido, a no dudar, pronto, por el aún inédito de Ana María Rivas Rivas sobre «Joaquín Costa y Frédéric Le Play, precursores de la Antropología Social en Europa (o la memoria selectiva de las Ciencias Sociales)».

Creo que con publicaciones como esta se internacionaliza, hora era, la figura de Costa (hasta ahora gigantesca para Aragón, muy notable para España, pero ignorábamos sus conexiones exteriores), y qué mejor manera de acudir al homenaje y a la difusión, cada vez mayor y a la vez más perentoria, de su obra.

Zaragoza, 27 de noviembre de 1995
Eloy Fernández Clemente

1. EL COLECTIVISMO AGRARIO SEGÚN JOAQUÍN COSTA

El título que damos al estudio que sigue indica claramente que nos referimos a Joaquín Costa. Abordaremos primeramente el doble significado de su obra. Este estudio indispensable esclarecerá el tema, o mejor, los temas que queremos abordar.

«Colectivismo agrario» es una expresión que asume, ante todo, un tono político. Resume, en efecto, una doctrina que se puede considerar como variante del socialismo porque se opone a la propiedad privada de la tierra. Su originalidad teórica está en el hecho de ser la tierra el único medio de producción contemplado por ella. De forma que la gran reivindicación que simboliza el colectivismo agrario es la nacionalización del suelo.

Joaquín Costa partió de esta definición doctrinal. La encontramos en el comienzo del libro:

El colectivismo agrario... respeta y mantiene en las mismas condiciones de hoy la propiedad privada, no sólo del producto del trabajo..., sino también de los instrumentos de producción, con apenas alguna excepción, y la del suelo, esto es, de la tierra. El colectivismo agrario, o lo que es lo mismo, el sistema de nacionalización de la tierra...¹

La primera parte de su obra está dedicada al análisis de los antecedentes, o mejor, de las formas antiguas de esta doctrina que le parece específicamente española.

Pero la segunda parte se titula los hechos. [*Primera parte: doctrinas —Segunda parte: hechos*]. Como se sabe, la rica documentación reunida tiene un extraordinario interés. La mayor parte de su libro no tiene en realidad una relación directa con el estudio doctrinal que indica el título. Decimos directa porque es notorio que se adivina una relación indirecta, que honestamente no se puede negar, aunque no se compartan las ideas y opiniones de Joaquín Costa. Todos los hechos, costumbres y pormenores de la organización agraria que expone, sobreentienden que la propiedad privada de la tierra no constituye un derecho absoluto, que la propiedad colectiva existe, a veces, de una forma integral, otras veces, apenas parcial, en gran número de aldeas. Como si la propia teoría estuviera penetrando en una masa considerable de campesinos y los inspirase en la vida social, sin que tuviesen conciencia de ello. Los hechos de que Joaquín Costa habla en la segunda parte son todavía doctrina pero ahora ya inconsciente.

Pasaron muchos años de su obra. La voluntad política que la inspiraba no dejó muchos vestigios. Queremos decir con esto que el colectivismo agrario, aspecto limitado del socialismo, no tuvo gran éxito a no ser en Méjico. Pero los estudios especializados que se encuentran en el libro de Costa conservan todo el valor y constituyen un excelente ejemplo de dirección provechosa de búsquedas, de pesquisas. Es cierto que Costa no descubrió el problema; antes de él muchos otros escribieron sobre comunidades aldeanas de Asia y Europa. Summer Maine y Emile de Laveleye, hacia 1880, llegaron a pensar que la teoría del comunitarismo primitivo por el que combatieron ardorosamente se encontraba establecida definitivamente. Costa tuvo el gran mérito de llamar la atención en España y muchos trabajos posteriores hubieran ganado mucho de no haberle menospreciado. La posición en cierto modo imaginada, entre el individualismo agrario mediterráneo y el colectivismo del Norte de Europa, surgiría pronto como ilusoria si se hubiesen referido a su obra. En nuestros días, cuando los geógrafos, etnólogos, sociólogos, con más ciencia o menos prejuicios, continúan con éxito las tentativas comenzadas en el siglo XIX, se podría juzgar que el ilustre aragonés fuese el más conocido de los investigadores de las ciencias humanas, sobre todo, naturalmente, fuera de la Península Ibérica.

Pero, en la propia Península, ¿qué pasa con Portugal? ¿Existió en Portugal este movimiento europeo que Costa representa en España? ¿Habría algún Costa portugués o tuvo el propio Costa influencia política o científica en el país vecino? Formulamos estas preguntas independientemente de la consideración que tenemos por Costa. Partiendo en realidad, no del hombre, sino del asunto por él tratado, fuimos llevados por el curso de nuestras pesquisas a hacer estas reflexiones sobre el problema del colectivismo agrario portugués. Recurriendo, por así decir, a la bibliografía de la cuestión, nos dimos cuenta de la poca relevancia que tuvo en la

vida intelectual del país. Precisamente fue el contraste con España lo que nos causó admiración. Procuramos entonces profundizar en el asunto. Intentamos encontrar lo que otrora se hubiera podido decir y dado que, efectivamente, no se dijo gran cosa, procurar comprender por qué no se dijo más. Y nos convencimos de que valía la pena intentarlo. El colectivismo agrario estaba relacionado con tantos otros problemas (por ejemplo, el del socialismo, el del nacimiento y desarrollo de las ciencias sociales) que todas las tentativas que intentan historiar el problema esclarecen concomitantemente los aspectos fundamentales de la historia general de las ideas y mentalidades. Pensamos que también valdría la pena extender este estudio al plano europeo y analizar las razones políticas, literarias, científicas y geográficas que expliquen el desarrollo que tuvieron en el siglo XIX los estudios sobre comunidades rurales. Esperamos tener la oportunidad de hacerlo.²

De nuestra pesquisa portuguesa señalaremos inmediatamente una conclusión que se impone: el primer autor en tener conciencia perfecta del problema fue sin duda Oliveira Martins, que por tanto, centra todo nuestro trabajo.

I. LOS SIGLOS DEL SILENCIO

1

La parte doctrinal del libro de Costa se remonta al siglo XVI. Se mostró consciente del interés que tenía para su punto de vista el conocimiento del movimiento representado en la Edad Media por los «espiritualistas» franciscanos. Incluso el «colectivismo agrario» propiamente dicho le parece haber comenzado apenas con los escritos de Juan Luis Vives y del padre Mariana, a quienes llama (la expresión es muy característica) los fundadores de la sociología española.

Se sabe que los defensores de la doctrina se inspiraron, a veces, en hechos descubiertos en el imperio español. Un párrafo entero de Costa se titula «Doctrina inspirada en el colectivismo peruano —*Polo de Ondegardo—Acosta—Murcia de la Llana*».³ El gran teórico Flórez Estrada invocaba, él también, el ejemplo peruano en su obra de 1839, *La Cuestión Social*, que Costa tanto admiraba. Simplificando las cosas, se puede decir que ese es uno de los aspectos de la célebre concepción del «buen salvaje».

Concepción que nació del descubrimiento de los «primitivos» extra-europeos por los «civilizados». Pero, en cuanto a esto, los portugueses están mucho mejor situados que los españoles, no sólo por su conocimiento más vasto de Africa, sino también por el contacto con la India. Evidentemente que en este caso ya no se trata de «salvajes», incluso en la antigua acepción del término, sino de una civilización diferente en la cual las comunidades rurales desempeñaban una función

importante. Los hechos indianos tienen un lugar de relieve en la primera gran obra de Summer Maine, *Ancient Law*, publicada en 1861, y fue en gran parte sobre ella sobre la que fundamentó su teoría del comunitarismo primitivo. El pensamiento portugués podría haber sido marcado por esas influencias.

Pero eso no es probable. Este área, el siglo XVI, no es de nuestra competencia, y por eso dudamos en pronunciarnos definitivamente. Pero es ya característico comprobar que el «buen salvaje» portugués no evoca nada de nítido, de clásicamente definido. Los especialistas de este periodo son unánimes: reconocen que nada de serio se escribió entonces sobre este asunto.⁴ Según Luís de Matos, el escritor que más sufrió la influencia social de la literatura portuguesa de los Descubrimientos sería el inglés Tomás Moro. ¿Debemos, pues, constatar la carencia?

Estaríamos llevados a hacerlo inmediatamente si no existiesen algunos textos que no es posible dejar a un lado. Los pasajes de João de Barros y de Sá de Miranda en los que aparecen bosquejos de crítica social tienen tal vez relación con aquello que nos interesa. En la parte dedicada al humanismo de la *Historia de la Cultura en Portugal*, António José Saraiva no dejó de señalarlas. Se trata muy sencillamente de una teoría del comunitarismo primitivo, según la cual la propiedad privada consiguió vencer a costa de una evolución que dio el triunfo del mal sobre el bien. Las citas de *Ropica Pnefma* lo expresan lo más claramente posible:

Dios, dio la ley de obediencia divina y humana, sin dar a Adán el señorío de los otros hombres que después naciesen —pudiéndolos señorear como tronco que los había generado—, sino solamente el uso común de los frutos de la tierra. Porque de todos los elementos que creara (Dios), como la luz del Sol, tanta parte quiere que llegase al siervo como al señor. Sin embargo, todos estos preceptos naturales se corrompieron —y sol quedó seguro por estar donde no llegan los poderosos de la tierra.

Con la multiplicación de los hombres creció la codicia, y por conservarse entre sí constituyeron en ley que lo *mío* no fuese *tuyo* ni lo de aquél de otro.

¿Sabe tu Entendimiento cuál fue la codicia que dividió las tierras y que primero halló este pronombre *mío*?

¿No hay en estas frases de João de Barros un tono que preanuncia a Jean-Jacques Rousseau? En Sá de Miranda se encuentra idéntica afirmación: la sociedad no conocía la propiedad privada. «Los propios leones, escribe, porque están próximos al estado natural, no tienen repartida la tierra por marcos tan desiguales, unos poseen de sierra a sierra,⁵ otros nada, otros los tojales». Estos hombres puros, incluso no corrompidos por la civilización ¿no son «buenos salvajes»? ¿El nuevo conocimiento de la Humanidad primitiva habría influenciado el espíritu de los dos autores?

António José Saraiva responde negativamente. Para él las tendencias sociales que se manifiestan en João de Barros y Sá de Miranda resultan de la exploración de un tema clásico del humanismo, sacado pura y simplemente de la antigüedad —la Edad de Oro:

La idea de un derecho natural contrapuesto al derecho positivo... es muy corriente en la literatura del Renacimiento, se expresa frecuentemente en el mito de la Edad de Oro que de los poetas griegos pasó a la literatura latina (particularmente Séneca y Ovidio).

Sá de Miranda lo dijo expresamente:

De la Edad de Oro se pasó a la de Plata, después a la de Hierro, y fue durante ésta, con sus violencias, cuando aparecieron lo *tuyo* y lo *mío*.

Con todo, Saraiva reconoce en João de Barros cierta originalidad: la caída no se debe a las imperfecciones de la naturaleza humana, sino a los abusos de los poderosos.⁶ Lo considera menos escéptico, pero indignado. Pero en conjunto, el elogio del comunitarismo primitivo es más un ejercicio de retórica que una verdadera crítica social profundamente sentida. Esta es también la opinión del reciente editor de la *Ropica Pnefma*, I. S. Révah.

Los portugueses no prestaron, pues, atención a la organización agraria de los pueblos con los que entraron en contacto. O mejor, no sacaron ninguna conclusión de algunos hechos que tenían que conocer por fuerza de las cosas administrativas. De ningún modo ignoraron las comunidades rurales de la India. Un foral de 1526 se refiere a ellas directamente y constituye, además, una interesante fuente para el estudio de la sociedad local en la época de la llegada de los europeos.⁷ Pero no hubo ningún tipo de reacción intelectual. Esta ausencia de reacción contrasta claramente con los españoles. Éstos sintieron, gracias al Perú, un problema del que aquéllos, salvo respecto de la India, permanecieron ajenos.

2

¿Pasó algo nuevo en el siglo XVII? Si consultamos la obra de Melo Franco, aún tendremos una respuesta negativa. Se nota sin duda que examinó con preferencia autores no portugueses, pero al principio del libro cita uno portugués y al final, aunque rápidamente, cita a otros. Es de asombrarse que no se encuentre mencionado el padre Vieira, cuyos combates a favor de los oprimidos son muy conocidos. Los sermones en que asume la defensa de los indios, la simpatía por el colectivismo autoritario que los jesuitas había establecido en Paraguay, le convierten en el primer escritor importante que se mostró sensible en Portugal por el tema que estudiamos.⁸ Pero no nos atrevemos a decir en qué medida, por falta de un estudio de base. Le Gentil consideraba que se anticipaba a Rousseau, cuando también se refería «a lo tuyo y a lo mío».

Puede, en todo caso, decirse que António Vieira quiso dar ejemplo de una sociedad igualitaria, por próxima a la Naturaleza, pero no hizo escuela. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, nunca imaginaron una solución agraria de este tipo. Por otra parte, son mercantilistas y la doctrina que profesan no favore-

ce las tendencias colectivistas. Pero estos autores portugueses tienen cierta originalidad. Insisten en la necesidad del desarrollo de la economía metropolitana. Ansían, como dice António Sérgio, una política de «fijación» y no la política puramente comercial o colonial. El progreso agrícola les preocupa. Sobre todo uno de ellos, Severim de Faria, se dedicó a este tema y sus páginas sobre el Alentejo son justamente célebres. Pero cuando aborda la colonización del Sur, la concibe claramente como el resultado del desarrollo de la pequeña propiedad. La crítica severa de la gran propiedad no le trae nostalgia de la primitiva igualdad. Vieira es, por lo tanto, una excepción.

3

¿Será de esperar un cambio en el siglo XVIII? Una nueva ola de interés arrastraba a los contemporáneos a apasionarse por el «buen salvaje», que fue estudiado en muchos trabajos en el ámbito europeo. Se sabe, por ejemplo, la influencia que ejerció sobre el espíritu francés y la literatura francesa una cierta visión de América.⁹ Sobre España disponemos de la gran obra de Jean Sarrailh. Los capítulos titulados «Generosa solución al problema social» y «La nueva economía» tienen mucho interés.¹⁰ Desde el inicio viene a luz el tema que nos ocupa:

La protesta contra el yugo que pesa sobre ciertas clases sociales y ciertas categorías de seres humanos nace de la representación que se hace de las sociedades primitivas... Qué oposición entre esta igualdad primitiva, aumentada por una pureza idílica, y las injusticias sociales que descubre el siglo XVIII...

Jean Sarrailh demuestra cómo la fuerza de la corriente colectivista alcanzó al propio Jovellanos. Se encuentra en su «ley agraria», a pesar de sus preferencias por el individualismo, el germen de un comunismo futuro que evoca el comunitarismo primitivo. Espera ver «al hombre, que camina hacia la perfección, llegar a preferir la comunidad primitiva de bienes a un compromiso entre el establecimiento de la propiedad y la quimérica igualdad de las fortunas».¹¹ También recordemos, como es natural, a Costa. Luego salta a la vista, al leer las trece páginas consagradas a «las doctrinas inspiradas en los hechos del colectivismo nacional», la importancia de la corriente. Entre los cinco autores citados, D. Rafael de Floranes (1743-1801) nos parece incluso avanzado en relación con la época, visto que, para defender su posición, más allá de los españoles, recurre a los alemanes, eslavos, indios, asiáticos y peruanos, haciendo así antever las grandes obras de Laveleye y Summer Maine, tan discutidas en el siglo XIX.¹²

¿Podemos, pues, pensar en tendencias análogas en Portugal?

Es innegable que los hechos del colectivismo agrario, para hablar como Costa, tienen un cierto lugar en la literatura económica del siglo XVIII portugués. Y desde hace mucho que se sabe que su presencia no es de despreciar. El problema es frecuentemente abordado en las memorias de la Academia y en la masa de

documentos manuscritos que conocemos. No faltan discusiones a propósito de los terrenos de propios y de los pastos comunales. El asunto se ha enfocado en muchas monografías locales. En 1794 la Academia de Ciencias mostraba la importancia que entonces se daba a la cuestión al proponerla como tema de concurso en el año 1796: ventajas e inconvenientes de la comunidad de pastos.¹³ La memoria de Sebastião Francisco Mendo Trigoso sobre los campos abiertos trata sobre el pasto común¹⁴ y la comisión creada para ocuparse de la reforma agraria también se preocupaba por el problema.¹⁵

Los hechos que referimos pueden ser agrupados bajo la rúbrica de colectivismo parcial. Se habla más a su propósito que al del colectivismo agrario, de obligaciones colectivas, de hábitos comunitarios.

Los aspectos más sistemáticos son muy pocas veces señalados, pero por los menos Trás-os-Montes está en ese caso. A finales del siglo XVIII, un autor desconocido dio en pocas líneas preciosas indicaciones sobre la situación agraria de esta región portuguesa, en la que el colectivismo en la época contemporánea fue mejor estudiado. El texto que contiene este pasaje tiene una gran importancia. Fue, además, muy utilizado sin que aquellos que se inspiraron en él hubieran tenido siempre conciencia del origen de sus ideas.

En el volumen de *Memórias da Academia*, editado en 1827, se encuentra en la p. 251 de la 1.^a parte una comunicación presentada a sus colegas por Dantas Pereira en que éste critica severamente la *Géographie politique du Portugal*, que Bory de Saint Vincent acababa de publicar en París. En el curso de su exposición Dantas Pereira inserta la siguiente nota (pp. 253-254):

Para mostrar lo que entiendo por influencia de los diversos sistemas de nuestros forales en diversas poblaciones de nuestras provincias... adjunto a esta memoria el siguiente escrito... que me fue comunicado hace 25 años poco más o menos; sin que en el presente me acuerde del nombre del que me hizo deudor de esta comunicación tan interesante.

Este texto, titulado «Acerca de algunos fragmentos de legislación agrícola de D. Dinis», explica efectivamente y con bastantes pormenores los contrastes entre las provincias portuguesas por la diferencia de las cartas dadas a aquellos que las poblaron. Para Trás-os-Montes el sistema adoptado fue el de los aforamientos colectivos, siendo la tierra propiedad común de la aldea. Pero el autor no se limita a dar cuenta de un hecho. Procura explicarlo, añadiendo:

No es fácil conocer esto; pero por lo que hoy todavía puede observarse en las tierras de aquella provincia, lugares en los que los pueblos conservan más tiempo sus antiguos usos, se ve que todavía tienen muchas acciones en común, que en otras partes ya ha abandonado el progreso de la sociedad. Por ejemplo: el horno de cocer el pan es común para toda una aldea, el molino también es común, la guarda de los ganados, el servicio público de los caminos, de los puentes, incluso el mismo cultivo es en gran parte hecho en común, por vecindad, y no por jornal (p. 267).

Esto significa que la monarquía portuguesa adaptó su legislación a la organización social colectivista de la provincia. Por otra parte, siendo diferentes las condiciones, las cartas fueron diferentes. Así se explican las densidades desiguales que el autor calcula sumariamente y que permiten establecer la jerarquía siguiente: Minho, Estremadura, Beira, Trás-os-Montes, Alentejo.¹⁶

Esta tesis fue reproducida por Rebelo da Silva casi literalmente¹⁷ y todavía hoy constituye la base de la historia agraria portuguesa. Pero no es este aspecto el que ahora nos interesa. Notemos, simplemente, que expone hechos que muy raramente se realizaban en esta época.

Hay que reconocer, por tanto, que globalmente el problema fue percibido. Pero la «doctrina inspirada en el colectivismo agrario nacional» que Costa consiguió definir para España, nunca surgió en Portugal. Por el contrario, basta recordar el espíritu fisiocrático de los economistas de la Academia para adivinar que cuando evocan las costumbres comunitarias es para condenarlas severamente. La memoria de Mendo Trigo sobre los campos abiertos tiene por objeto (así se dice en el título) aconsejar los mejores métodos de hacer vallados. Apenas conocemos un caso contrario a esta tendencia: el de Inácio José da Costa. En su obra sobre la región de Chaves propone un plan de valoración de tierras incultas francamente colectivista: serán divididas en tres zonas y la zona de cereales cultivada en común; la recolección estará dividida, a excepción de una parte, que será reservada para pagar los impuestos. De este modo, todos los habitantes mejorarán con el progreso. Y el proyecto no es irrealizable porque hay ejemplos de este sistema en ciertas aldeas de provincia.¹⁸ No es de extrañar que esta memoria hubiera llamado la atención de Joaquín Costa, que la cita y enaltece.¹⁹

Hasta aquí apenas nos referimos a los economistas, lo que evidentemente restringe la necesaria perspectiva. La literatura, en el sentido estricto de la palabra, también puede expresar tendencias sociales. Es en ella, por otra parte, donde buscó Melo Franco. Es al tratar del siglo XVIII cuando aparecen en su libro las raras alusiones a escritores portugueses. En realidad son brasileños y Melo Franco los cita porque le parece testimoniar la influencia ejercida por Rousseau.

Podríamos también, como curiosidad, notar la influencia del «buen salvaje» de Rousseau sobre los propios escritores en el periodo prerromántico.

En realidad sólo uno (entre tres) parece haber llegado a la crítica de la propiedad privada, António Pereira de Sousa Caldas, cuyos escritos de juventud le causaron complicaciones con el Santo Oficio. El *Homem Selvagem*, dice Melo Franco, es un plagio del discurso sobre la desigualdad. De hecho, Sousa Caldas ataca al «tirano impío» que fue el primero «que hizo sonar el grito inhumano de lo mío y lo tuyo». Pero ¿no recuerda también en esos versos el humanismo del siglo XVI? Sá de Miranda fue, por otra parte, apreciado en tiempo de la Arcadía. Y aún conserva la retórica del «hombre salvaje», del que sin embargo tiene una idea de voluntad reformadora.²⁰

En cuanto a la literatura portuguesa propiamente dicha, el conocimiento tradicional que de ella se tiene no facilita nuestra búsqueda. Con todo, el problema de los indios del Brasil tuvo un cierto relieve en la vida del país a partir de la segunda mitad del siglo. Fue la ley de Pombal la que, en 1755, los emancipó. Encontramos un eco en el panegírico de D. José I que pronunció Correia Garção el 14 de marzo de 1759, a raíz de una sesión solemne organizada por la Arcádia, en la cual condenó a los portugueses que se atrevieron «abusando de la credulidad de los prosélitos, a sacrificar el celo de la fe a los fieros intereses y abominables ideas de codicia»:

Fue V. M., dice más adelante (p. 177), quien rescató tantas almas del clandestino y tirano cautiverio con el que las oprimía la codicia, la avaricia y la hipocresía.

No estamos ante la expresión de una profunda corriente de pensamiento. Es notorio, por lo demás, que la defensa de los indios dio pie a ataques eficaces contra los jesuitas. Y es sin duda a ellos a los que se dirige Correia Garção.²¹

Terminamos aquí el repaso al siglo XVIII. Para penetrar más a fondo en la cuestión son necesarias muchas pesquisas minuciosas, dirigidas con el mismo espíritu de Jean Sarrailh para España. ¿Que se haya reducido a estas esperanzas no es ya una indicación? Tanto para esta época como para el siglo XVI es posible adelantar una conclusión provisional, que en relación con aquél no es tan negativa. En el siglo XVIII, el «colectivismo agrario», entendido en sentido lato, no estuvo totalmente ausente de la vida intelectual portuguesa. Pero la posición que ocupa es débil. Y, sobre todo, las tendencias reformadoras dominantes le son hostiles. La diferencia con España se mantiene.

4

En el siglo XIX entramos en un periodo decisivo. Las comunidades rurales fueron entonces objeto de estudios apasionados. Las concepciones políticas, el desarrollo de las ciencias sociales, tuvieron gran importancia para el progreso de estos estudios. Así como, indudablemente, el descubrimiento de nuevos primitivos con quienes gracias a la ampliación del mundo conocido de los europeos se entraba en contacto. Fue la tercera vez desde el siglo XV, que Europa veía ampliarse su horizonte y era la tercera vez que el «buen salvaje» se volvía tema literario y filosófico. Pero esta vez la curiosidad se volvió hacia la propia Europa. Los estudios sobre colectivismo agrario representan en parte la búsqueda en su propio interior del «buen salvaje».

El Romanticismo contribuyó mucho a ello. Muy pronto y por todas partes se desarrolló un fuerte interés por las tradiciones populares. El espíritu romántico tiene mucho que ver con el nacimiento de la etnología contemporánea y la etnología lleva fácilmente al análisis social, principalmente en materia agraria, porque los auténticos depositarios de las tradiciones populares son los campesinos.

Queda por saber hasta qué punto Portugal se integra en esta dirección. Está claro que se ha seguido el camino que lleva del Romanticismo a la primera forma de etnología. Los dos autores que trazaron la evolución de esta ciencia en su país insistieron en el hecho.²²

A partir de 1824, Garrett puso bien de relieve la asociación del folklore y del Romanticismo y mostró el valor de las leyendas, supersticiones y costumbres. Su *Romanceiro* constituye «la primera gran colectánea de romances populares y la primera obra folklórica importante publicada en Portugal».²³ En cuanto a Herculano, la primera obra que publicó sobre este asunto surgió en 1840 y se tituló *Crenças Populares Portuguesas*. António Feliciano de Castilho escribió también una descripción de la aldea en que viviera durante algún tiempo (S. Mamede de Castanheiro de Vouga).

Pero nunca fue alcanzado el segundo estadio. Las tradiciones campesinas nunca son consideradas bajo el punto de vista económico y social. Lo que sobre todo se busca es el alma del pueblo y por ella la esencia de lo que constituye la nación. Oigamos a Garrett:

El tom^{*} es el espíritu verdaderamente portugués, es forzoso estudiarlo en el gran libro nacional, es el pueblo y sus tradiciones, sus virtudes y sus vicios, sus creencias y sus errores. Es por todo ello por lo que la poesía nacional ha de resucitar verdadera y legítima, desnudada por el contacto clásico, del sudario de la barbaridad en que fue amortajada cuando murió y con que se vestía cuando estaba viva.²⁴

Son los cuentos, las creencias, las leyendas y el lenguaje lo que apasiona y no la organización social.

Habrà que preguntarse, sin embargo, si Herculano no sobrepasó esta concepción restringida. Tenía un espíritu más amplio, más sólido. Se interesó mucho tiempo por la política y siempre por la agricultura. ¿Será posible que no le hayan llamado la atención los vestigios del colectivismo agrario de su país? Sin duda que los notó. Pero se acercó a ellos sin la mínima simpatía, lo que no es de extrañar si se conoce un poco su pensamiento. Herculano fue sobre todo un encarnizado individualista, principalmente en materia agraria. Defiende la división de los terrenos de propios, la extinción de los pastos comunes. Las tradiciones populares le parecen perjudiciales en el aspecto agrícola. Y cuando busca en el pasado portugués, que conoce muy bien, lo que le pueda inspirar para la necesaria transformación de la agricultura nacional, se inclina por la enfiteusis, que le parece el mejor medio y el más sencillo para alcanzar a costa de los terrenos comunes y los latifundios la pequeña explotación campesina. Oigámosle enumerar «las plagas sociales» que el liberalismo después de vencer dejó equivocadamente subsistir:

Tales fueron las complicaciones del derecho enfiteútico que hacen absurda esa excelente forma de transmisión y conservación de la propiedad... tales los pastos comunes, que ofrecen dificultades permanentes a una revolución agrícola, que las circunstancias hacen indispensable.²⁵

Esta actitud, romántica e individualista en relación a las tradiciones campesinas, acusa la marca de la época. ¿No habrá una evolución a partir de la segunda mitad de siglo, o sea, en el momento en que la sociología y el socialismo aparecen en Europa?

Es de creer, a juzgar por la importancia de la transformación que se produjo entonces en el mundo intelectual portugués, por la época de la «questão coimbrã». Todo un grupo de jóvenes llenos de talento (Antero de Quental, Teófilo Braga, Eça de Queirós) se revuelve contra sus maestros, contra sus ideas literarias, filosóficas, sociales y políticas. Desde el punto de vista que nos interesa, lo que más llama la atención del nuevo estado de espíritu que se difunde es el interés por lo social, la confianza en la ciencia social y la propia tentación del socialismo, que constituiría su coronamiento. Las citas se pueden multiplicar. «La historia, la filosofía, las ciencias sociales, son los nuevos medios de combate», decía Eça de Queirós, al evocar las tendencias de su juventud.²⁶ Antero de Quental en el programa de las Conferencias del Casino, anunciadas para Lisboa en 1871, escribía:

La literatura viene a asociarse a la historia y a la filosofía y las tres deben colocarse a disposición de la ciencia social; las reformas sociales han de ser científicas.

A la vez, estaba de moda en el mismo medio el interés por los primitivos. Oigamos más a Eça:

Conocer los principios de las civilizaciones primitivas constituía entonces, en Coimbra, un distintivo de superioridad y elegancia intelectual.²⁷

Sin duda que la sociología propiamente dicha sólo fue conocida un poco más tarde, cuando la influencia de Augusto Comte se hizo sentir en Portugal, o sea, después de 1872.²⁸ Pero las condiciones que habían permitido una renovación de la antigua etnología y su orientación hacia los estudios de sociología agraria se encontraban por entonces realizadas. Ahora bien, esta tendencia nueva es muy poco perceptible. La etnología portuguesa conquista sus cartas de nobleza hacia 1880 con Teófilo Braga, Adolfo Coelho y José Leite de Vasconcelos. Basta ver los títulos de las principales obras entonces publicadas para ver que sus ambiciones fueron siempre limitadas. Y será así todavía por mucho tiempo. Un trabajo como el de Adolfo Coelho dedicado al «utillaje agrícola portugués» se sale ya de la orientación tradicional. *As Religiões da Lusitânia* es una verdadera enciclopedia, donde la inmensa erudición de Leite de Vasconcelos hace maravillas. Sólo queda descuidado el terreno económico y social, que, mientras tanto, pretende abordar. Por otra parte ya expuso sus preferencias, en la introducción al tomo I, publicado en 1897.

Comencé muy joven —escribe— a estudiar la etnología moderna de Portugal, «sobre todo las supersticiones, costumbres, leyendas y literatura popular».²⁹

Hay en esta falta de interés por lo que llamamos sociología agraria algo que nos sorprende. ¿La escuela de Coimbra no modificó algo las tendencias que pre-

valecían desde el Romanticismo? ¿Y el propio positivismo no tuvo alguna influencia? Mientras tanto, Teófilo Braga, que tuvo un gran relieve en la vida intelectual (y en la etnología), ¿no escribió en 1884 un *Sistema de Sociología*, después de haber estudiado durante años la obra de Littré? Es preciso intentar explicar esta paradoja.

Puede observarse, en primer lugar, que la generación de Coimbra es mucho más romántica de temperamento de lo que sus teorías y sus tomas de posición dejan entender. Le Gentil la consideraba, desde el punto de vista literario, como representativa de un segundo Romanticismo tan truculento como prudente había sido el primero.³⁰ Releamos lo que nos dice sobre la juventud de los años 1850:

En contraste con los hábitos ordenados de una burguesía positiva y comerciante, la juventud elegante, impulsada por una verdadera emulación del escándalo, se inclinaba hacia el desorden.³¹

El positivismo no influyó verdaderamente a la generación de los grandes maestros en el momento de su formación. Ya indicamos las fechas de su aparición. Aquí hay una cita que confirma que su introducción en Portugal fue demasiado tardía para haber influenciado en Coimbra cuando allí se encontraban los pioneros de la «escuela». «Entró por la enseñanza de las Matemáticas y de las Ciencias Naturales en escuelas superiores de Lisboa, de Oporto y de Coimbra», en los años 1873-1876.³² La revista *O Positivismo* sólo surge en 1879. Realmente, los grandes educadores de la generación son todavía románticos. Su admiración era para la «leyenda de los siglos». Iba también, y mucho, para Michelet. La influencia del gran historiador ha sido frecuentemente señalada. Con ocasión de una estancia en París, Antero de Quental le presentó sus obras. Braga le dedicó sus *Estudos Medievais*. Oliveira Martins utilizó ampliamente lo que dice de los jesuitas. Ahora bien, como destaca J. de Carvalho, Michelet es una encrucijada de influencias. Entre ellas, la de Vico, que además, Braga reconoció.³³ Pero la influencia de Vico llevaba a la búsqueda de los símbolos que revelan las aspiraciones colectivas de los grupos humanos. Conducía al estudio de los mitos, de las leyendas, de la «comprensión de las tradiciones» (citamos a Braga), y reforzaba así otras influencias, germánicas ahora, que Michelet también transmitió: las de Herder y las de Grimm.³⁴ Todo esto iba a impulsar los estudios folklóricos, siendo el folklore considerado como revelador del alma nacional. Tal influencia venía, pues, muy sencillamente, a renovar la de Garrett, a quien Braga, por otra parte, siempre estuvo ligado. Cuando en 1886, José Leite de Vasconcelos publicaba el primer número de *Revista Lusitana* puso como epígrafe de presentación algunas líneas de Herculano y explicó que uno de los grandes méritos de la etnología es permitir una mejor comprensión de la realidad profunda de la patria. En todo esto hay más nacionalismo que sociología. La importancia de este sentimiento nacional sólo será apercibida cuando los cabecillas de la generación de 1870, reaccionen vigorosamente ante el Ultimátum inglés de 1890, entre ellos Antero de Quental, que en su juventud había renegado de la nacionalidad portuguesa. En este último, por

otra parte, ¿no era ya el gusto por el germanismo una especie de nacionalismo intelectual, una manera de reaccionar contra la influencia excesiva del pensamiento y del arte franceses? ¿También el mejor medio de dar a los portugueses la posibilidad de encontrar su propio camino?

Una razón científica reforzaba este estado de espíritu. Se trataba del importante papel asumido por la filología en la actividad intelectual del siglo XIX. Precozmente desarrollada, estuvo en el origen de la renovación de los estudios humanos. «La lingüística y la gramática», escribe Gusdorf,³⁵ «parecen a Renan, desde 1848, formar el núcleo de un conocimiento positivo del ser humano». Opinión luego justificada por una cita reveladora del «futuro de la ciencia»:

El único medio de hacer la apología de las ciencias filológicas, y en general, de la erudición, es agruparlas en un conjunto al que llamaremos «ciencias de la Humanidad» por oposición a las ciencias de la Naturaleza.

En estas condiciones es evidente que la lengua, las canciones, los cuentos y las leyendas populares representan un objeto de estudio ideal. Si es verdad que «bajo el impulso del Romanticismo la palabra del pueblo es tenida como expresión espontánea de una especie de alma colectiva»,³⁶ ésta se volvió también objeto de investigación porque es materia ideal del instrumento científico disponible. El utensilio delimitaba, por así decir, el objeto.

Portugal tenía ya una brillante escuela de filólogos. José Leite de Vasconcelos, cuya actividad se extiende durante sesenta años (murió en 1941, con 83 años), dedicó una parte importante de su obra a esta especialidad. Debemos mencionar también el nombre de Carolina Michaëlis de Vasconcelos (1851-1925), autora de importantes trabajos. Su origen alemán nos recuerda las relaciones ya señaladas entre la escuela portuguesa y la escuela germánica. Estas relaciones se mantuvieron muy íntimas más allá de la primera guerra mundial, sobre todo por la actividad de Fritz Krüger, cuya primera publicación data de 1925. Esto explica el papel del método llamado *Wörter und Sachen*, que, por definición, es un método filológico.

Podemos ahora explicar la larga, muy larga, preponderancia de esta etnología filológica de base nacionalista, cuyas víctimas fueron los estudios de estructura agraria. La fuerza del sentimiento patriótico desvirtuó un poco la orientación científica de los estudios sobre el folklore. En 1947, uno de los especialistas más conocidos, conservador del Museo Etnológico de Belém, deseaba ardientemente que se hiciesen esfuerzos «para mantener las características nacionales y recuperar lo perdido».³⁷ ¿No es esto la prueba de un mal uso, de una mala comprensión del folklore? Las cosas cambiaron mucho desde el Romanticismo. Se piensa cada vez más que hay un folklore y no folklores. Un poco de folklore permite exaltar la originalidad de la patria; mucho folklore tiende a hacerla desaparecer.

Es, en fin, verosímil que las lagunas de geografía humana como de sociología, opuestas al brillante florecimiento de la filología, hayan contribuido también a mantener la etnología en un marco demasiado estrecho. Esto, en el fondo, es lo esencial, porque los rótulos poco importan. Si, hasta ahora, apenas hablamos de etnología fue porque ella es de facto la única de las ciencias sociales que tuvo una existencia continua, una actividad notable. La historia se preocupaba fundamentalmente de la política y la sociología era inexistente. Solamente la etnología podría haber servido de punto de partida para los estudios agrarios. A despecho de la generación de Coimbra, nada de esto sucedió. Oliveira Martins escribió un día que Portugal «no tiene alma social». ³⁸ ¿Será esta laguna, juntamente con el sentimiento nacional, una característica del espíritu portugués?

II. EL PIONERO: OLIVEIRA MARTINS

El nombre de Oliveira Martins es, por sí solo, una respuesta a la cuestión. En verdad, antes de él no hay nada importante que citar. El propio Rebelo da Silva, que no ignoró el colectivismo agrario, visto que reprodujo el largo texto sobre la legislación de D. Dinis, del que hablamos antes, se refiere a él muy raramente. ³⁹ Pero el modo en que Oliveira Martins sintió el problema, las conclusiones que obtuvo, la influencia que ejerció, todo eso justifica, según creemos, el lugar que le damos. Gracias a él el sentido de lo social no está totalmente ausente de la vida intelectual portuguesa.

1

Todos los que escribieron sobre la historia literaria del siglo XIX portugués destacaron la extraordinaria amplitud de miras de Oliveira Martins. Georges Le Gentil dice que él fue «la figura más representativa del Portugal contemporáneo» por la «amplitud de una cultura que abarca no sólo la historia universal, sino también la filosofía, la economía política y la sociología». ⁴⁰ La opinión del gran crítico F. de Figueiredo está muy de acuerdo con la de Le Gentil:

En veinte años, este hombre, que no llegó a alcanzar la cincuentena, edificó una de las más importantes construcciones del pensamiento de toda nuestra historia intelectual... señalando a las ciencias nuevas de su tiempo, que suministraban otra comprensión del hombre, la antropología, la arqueología, la prehistoria, la etnología, la etnografía, la sociología comparada, la hierología, la economía, dominando toda la evolución histórica de la Humanidad en sus relaciones con la geografía y en su obediencia a los imperativos económicos... ⁴¹

Realmente, es en la historia intelectual de Europa donde Oliveira Martins tiene derecho a un lugar de relieve porque pocos hombres sintieron y definieron tan

claramente como él la unidad profunda que une todas las ciencias humanas, pareciéndole la sociología el punto de convergencia, la síntesis: «El movimiento científico de la economía política es, como el de la historia, otro de los trazos fundamentales sobre los que se asienta la ciencia social, la sociología en el término de Augusto Comte», escribió en una obra de juventud.⁴² En 1874 volvió a plantear con respecto a las relaciones entre la historia y la sociología, algunas líneas que evocan polémicas muy posteriores:

... y lo que llamamos comúnmente historia ofrecía una parte narrativa o histórica de la ciencia que expusiese las leyes del dinamismo de las sociedades humanas consideradas en su conjunto sistemático.⁴³

Se comprende que tales ambiciones histórico-sociológicas hallan llevado a Oliveira Martins a estudiar las civilizaciones primitivas a través del mundo entero, lo que le convirtió en un fervoroso adepto del método comparativo y regresivo. Para mostrarlo bastan algunas citas.

«Así en los sucesivos momentos de civilización encontramos vestigios de los estadios precedentes»,⁴⁴ escribía en 1881. La idea fue retomada dos años más tarde en *Quadro das Instituições Primitivas*, donde, evidentemente, estaba en su verdadero lugar:

El lector sabe que en un momento dado, sobre la Tierra, se encuentran ejemplares de todos los estadios precedentes: eso autoriza a usar documentos actuales para explicar casos remotos.⁴⁵

Y, más adelante, en una frase típica del estilo de Oliveira Martins por la fulgurante fórmula que la concluye:

Así, en la fauna de nuestros tiempos observamos todavía vivos los tipos remotos de los que salieron los superiores: el Mundo es un museo que contiene en sí su propia historia.⁴⁶

No son sólo, por lo tanto, sus tendencias sociales (y socializantes) las que llevarían a Oliveira Martins a interesarse por el colectivismo agrario, sino también su método. La busca sistemática de evoluciones, la utilización de ejemplos escondidos en las sociedades primitivas, son principios que aplicados a la historia de la propiedad llevan a poner en descubierto los viejos sistemas comunitarios. Este aspecto de la obra de Oliveira Martins nunca fue estudiado hasta ahora. Por eso nos parece provechoso estudiarlo, en la doble perspectiva que definimos —la del análisis sociológico y la de las conclusiones políticas que se pueden extraer.

2

En *Teoria do Socialismo*, publicada en 1872, se encuentran algunas alusiones al colectivismo agrario. Oliveira Martins utiliza el célebre pasaje de Tácito sobre los germanos y lo compara con los eslavos: «La propiedad, por tanto, como toda-

vía hoy en las razas eslavas, era común», escribe al estudiar las influencias bárbaras sobre el régimen romano de propiedad.⁴⁷ Evoca las comunidades campesinas de la Francia medieval, a las cuales llama «comunidades agrícolas».⁴⁸ Recuerda, citando a Rebelo da Silva, las de *Trás-os Montes*.⁴⁹ Pero no menciona ningún país extra-europeo e ignora incluso visiblemente la teoría del comunitarismo primitivo:

En los inicios confusos de las civilizaciones... la propiedad es un atributo divino, concedido a los hombres y del cual disfrutaban individual o colectivamente.⁵⁰

En el año siguiente publicaba *Portugal e o Socialismo*. Esta vez el comunitarismo primitivo es evocado claramente.⁵¹ Y mejor, son destacados hechos ibéricos:

El comunismo contemporáneo que todavía queda en el Sur (*suertes, comunes, dehesas* en los *ayuntamientos* españoles).⁵²

La comparación hecha con los eslavos muestra que son éstos los que representan todavía para Oliveira Martins los pueblos más próximos al estadio inicial. Podría de todos modos saber más, porque conocía la obra de Émile de Laveleye, que acababa de aparecer. *La propriété et ses formes primitives* es mencionada expresamente una vez y el nombre de su autor otras dos veces. Pero Oliveira Martins no parece haber tenido admiración por la obra. Ve al autor próximo a Guizot y a Herculano bajo el título común de «liberalismo monárquico-conservador»!⁵³

En realidad, Oliveira Martins nunca procuró verdaderamente analizar seriamente el problema en estas dos obras de juventud. Lo hará más tarde en el *Quadro das Instituições Primitivas*, publicado en 1883. En esta obra hay muchas cosas nuevas.

Una parte entera del libro es dedicada a la historia de la propiedad.⁵⁴ Oliveira Martins reunió una copiosa documentación. La base fue evidentemente Summer Maine, de quien extrajo la teoría del comunitarismo primitivo, que presenta de una manera aún más sutil. Para Oliveira Martins, efectivamente, la noción de propiedad es ajena al hombre primitivo, sirviéndose cada uno a voluntad de aquello que da la Naturaleza.⁵⁵ La generalización del nomadismo pastoril vino después a instaurar la idea de propiedad, antes colectiva, en cuanto al ganado. Con el surgir de la agricultura, se extendió a la tierra:

El rebaño fue el mediador entre el hombre y el suelo.⁵⁶

Oliveira Martins extrajo también de Summer Maine una abundante documentación sobre Asia. Tiene una gran admiración por este autor, que considera «el Montesquieu de nuestro tiempo, a quien la jurisprudencia comparada dio también resultados análogos a los de la filología».⁵⁷

Le Gentil en su artículo sobre las fuentes de Oliveira Martins, nos señala la importancia de la contribución de la etnología alemana:

Es a los teóricos alemanes a los que Oliveira Martins debe la mayor parte de sus ideas sobre razas y religiones. En materia etnológica se documentó en el tratado de Fr. Müller, publicado en Viena en 1873 y reeditado en 1876.⁵⁸

Es a Renan a quien Oliveira Martins deberá lo esencial de sus informaciones sobre los bereberes, informaciones importantes dado el papel que asume en su concepción de la mentalidad ibérica, la idea de una unidad antigua de la Península y de África del Norte. Esta unidad étnica le parecía además demostrada por las semejanzas entre las comunidades de aldeas. Habría sido, escribe Le Gentil, en las *mélanges d'histoire et de voyages*, publicadas en 1878, lo que habría atraído su atención hacia la pasión de la igualdad, los hábitos de solidaridad que se notan entre las poblaciones del Magreb.

Oliveira Martins, al año siguiente, utilizará la mayor parte de estos materiales en la *História da Civilização Ibérica*.⁵⁹

El libro de Renan es, en efecto, mencionado en la bibliografía de esta obra, por otra parte, con el característico paréntesis: V. esp. *L'Espagne Musulmane, La Société Berbère*. Pero también se encuentran mencionados los tres volúmenes de Hanoteau y Letourneux sobre la Kábila, publicados en 1873.

Oliveira Martins estaba al día en otras muchas cosas. Conocía los estudios sobre la marca (*mark*) germánica, el *mir* ruso, las aldeas inglesas, los Incas. Cita a Le Play (*Les communautés de la lisière asiatique de l'Oural*). Utiliza a los grandes historiadores en historia antigua, Mommsen, naturalmente, a quien tanto debe, y Fustel de Coulanges. Su espíritu tan propicio a la generalización, la abstracción⁶⁰ (su principal defecto pero también su principal cualidad), elaboró finalmente, recurriendo a informaciones extraídas de todas partes del mundo, una historia de la propiedad, relacionada con el conjunto de la evolución social.

Todavía no hemos citado, al hacer el inventario de las fuentes, el nombre de Laveleye porque la utilización de su obra por Oliveira Martins y las relaciones entre los dos hombres plantean un pequeño problema. Le Gentil creía en la profunda influencia de Laveleye:

Oliveira Martins dedicó a Laveleye el *Quadro das Instituições Primitivas*. Laveleye, por su parte, citaba a Oliveira Martins en la 4.^a edición de su obra sobre la propiedad.⁶¹

Pero hay que hacer una precisión. Es la segunda edición del *Quadro*, publicada en 1893, y no la primera, vendida al público diez años antes, la que es dedicada a Laveleye. «A la memoria de Emílio de Laveleye», más correctamente, porque éste había muerto el año anterior. No hay duda de que en la primera edición Oliveira Martins se fundamentaba exclusivamente en los trabajos de Summer Maine. Laveleye sólo aparece en la segunda, que fue corregida.

Este detalle no deja de ser sorprendente. Vimos que Oliveira Martins, efectivamente, conocía *La propriété et ses formes primitives* desde 1873. Parece hasta que acompañó a las publicaciones posteriores de Laveleye. Pero su interés era en otro sentido. En 1878 utiliza uno de sus artículos sobre el «mercado monetario». ⁶² En 1884 se refiere de nuevo a él, esta vez de forma más seria, consagrando un estudio entero a la obra titulada *Le socialisme contemporain*. ⁶³

El motivo es evidente, lo que interesa a Oliveira Martins, en el momento en que se prepara para entrar en la escena política es, ante todo, el homenaje hecho al socialismo por un economista de renombre:

El autor del que nos ocupamos ahora, el profesor ilustre de la Universidad de Lieja, publicista eminente por tantos motivos, el Sr. Émile de Laveleye, abandonó con armas y bagajes la escuela donde se educara para alistarse en la falange triunfante de los «socialistas de cátedra». ⁶⁴

Pero es también a este tipo propio del socialismo de cátedra al que se liga Oliveira Martins (por nuestra parte, también somos socialistas de cátedra, escribe más adelante), y el que le interesa. No ve una solución intermedia, razonable y realista, apartada tanto del socialismo aristocrático, superficial y anacrónico porque nada más hacía que reflejar la nostalgia del corporativismo medieval, como del socialismo revolucionario, utópico, tal como lo demostraba el fracaso de la Comuna de París. Discute a continuación el modo, que considera ingenuo, en que Laveleye concibe el triunfo de la doctrina. ⁶⁵

Después expone su propia idea: tal socialismo sólo será realizado en Portugal si el Estado fuera arrancado de las manos de las oligarquías capitalistas. Es necesario, por tanto, «una serie de revoluciones, que van sucesivamente llamando al gobierno del Estado a nuevas generaciones sociales». La expresión es muy atractiva, dado que traduce literalmente la fórmula empleada, después de otros, por Gambetta y que produjo escándalo. Las palabras que siguen confirman, por otra parte, esta interpretación:

El ejemplo que hoy nos ofrece Francia es ampliamente ilustrativo a este respecto.

El socialismo de Estado será el resultado de una democratización creciente de la vida política, que permitirá la emancipación progresiva de las clases trabajadoras. Estamos, no lo olvidemos, a la altura en que una gran parte el buen portugués reacciona contra los fraudes financieros, el agiotismo, la falsificación de las libertades políticas de que se acusaba ser responsable a la «regeneración, al fontismo». Oliveira Martins va mientras a lanzar su campaña para la *vida nova*, adhiriéndose al Partido Progresista, al que espera transformar, puesto que se liga a la tradición portuguesa más democrática. ⁶⁶

En todo esto no hay ninguna alusión a la posición de Laveleye en cuanto al problema agrario. Todavía aparece una cita bastante larga que evoca la situación más favorable de los trabajadores antes del triunfo del capitalismo:

En otro tiempo la comuna daba el pasto, la leña, un trozo de tierra: «era una celda protectora».

Es la única idea de Laveleye que encontramos sobre la cuestión.⁶⁷

Poco después, los dos hombres entrarán en contacto precisamente a propósito del colectivismo agrario. No sabemos en qué circunstancias. ¿Fue Oliveira Martins quien descubrió *La Propriété primitive*? ¿Fue Laveleye quien tuvo conocimiento del *Quadro das Instituições Primitivas*? Sea como fuere, antes de 1886 los dos autores intercambian correspondencia.

En efecto, no es en la 4.^a edición de *La Propriété primitive* donde Laveleye menciona por primera vez el nombre de Oliveira Martins, sino que ya surge en el folleto publicado en Bruselas, en 1886, con el título *La Propriété collective du sol en différents pays* y que reúne los artículos de la *Revue de Belgique*. Laveleye se sirvió primero de las informaciones al respecto de la península Ibérica que se encuentran en el *Quadro*.⁶⁸ Mejor: aporta un nuevo ejemplo, el de la aldea portuguesa de Entre Rios, que Oliveira Martins le comunicó personalmente.⁶⁹ Todos estos pormenores fueron literalmente reproducidos en la 4.^a edición de *La Propriété primitive* (pp. 272 y 273). La misma obra inserta, además, otras informaciones enviadas por Oliveira Martins, ahora en un capítulo titulado «Le bail héréditaire» (pp. 517-533). En él se puede leer (p. 519):

En ningún sitio se expandió más que en Portugal el arrendamiento hereditario, con el nombre de *aforamento* o de *emprazamento*.

Siguen pormenores en cantidad (pp. 519-522) con una nota:

Pude dar pormenores exactos sobre una institución muy interesante y muy poco conocida gracias a las informaciones completas que me fueron facilitadas por el señor Oliveira Martins, autor del excelente libro *Quadro das Instituições Primitivas*, y por el señor Deslandes, que publicó sobre este asunto una nota en el volumen editado por el Cobden Club, *Land tenure in various countries...*

Los dos acaban por encontrarse.

Las informaciones sobre del colectivismo agrario dadas por Oliveira Martins no son todavía muchas. Apenas tres ejemplos en cuanto a Portugal, y de origen libresco. Dos provienen de documentos antiguos, los del pantano seco de Ulmar y del Campo de Valada, descubiertos en el *Elucidário*, de Santa Rosa Viterbo. El tercero, más completo, de Entre Rios (S. Miguel de Entre Rios en Minho, en las márgenes del Lima), fue extraído de un libro de António da Costa, *No Minho*.⁷⁰

Caso curioso: parece que la documentación de Oliveira Martins sobre España es más directa. Reflexionando, el caso no extraña, porque Oliveira Martins vivió en España de 1870 a 1874 como administrador de las minas de Santa Eufemia, cerca de Córdoba, y ya se ha señalado que de este modo tuvo oportunidad de

conocer mejor el problema obrero. Es probable que hubiera también contactado con el mundo campesino y el pasaje de su libro sobre el colectivismo agrario en España fue con toda verosimilitud inspirado en una experiencia personal. En realidad, nos habla de la zona de transición entre Andalucía y Extremadura, o sea, de las tierras de Sierra Morena, próximas a Córdoba.⁷¹ «Existen allí», nos dice, «aldeas en que la casi totalidad de las tierras es comunitaria. Todos los años se reparten y son cultivadas individualmente. La comuna tiene también una *dehesa* para el engorde de los cerdos». En fin, insiste en la siguiente costumbre:

Aquel que, en la vasta amplitud del *común*, escoge un pedazo y lo mura con las piedras recogidas del suelo, se vuelve por eso mismo dueño y propietario de ese suelo.

Su espíritu, tan propenso al descubrimiento de semejanzas, recuerda inmediatamente que un derecho idéntico permanecía entre los germanos y en Portugal durante la Edad Media.⁷² Este paso por España llamó la atención de Le Gentil y gracias a eso encontramos la única referencia que conocemos entre las posibles relaciones entre Oliveira Martins y Joaquín Costa. Analizando las fuentes españolas posibles de nuestro autor, Le Gentil considera que son poco importantes y concluye así:

Por el contrario, se puede decir que dio más de lo que recibió. El estudio sobre las relaciones entre la propiedad individual y la propiedad colectiva en las comunas de la Mancha y Andalucía anuncia, desde 1883, el «colectivismo agrario» de Joaquín Costa.⁷³

Nos falta estudiar la aproximación entre los dos hombres. De momento, contentémonos con afirmar que Joaquín Costa, que alude poco a Portugal,⁷⁴ cita varias veces a Oliveira Martins.⁷⁵ Remite a su capítulo sobre la propiedad (capítulo I del libro II), emplea, a título comparativo, los ejemplos portugueses de Entre Rios y del Campo de Valada (pp. 294, 326 y 331), y se sirve hasta de los hechos españoles (pp. 198, 253 y 266) al respecto de los cuales da alguna noticia nueva.

3

Acabamos de ver que Oliveira Martins se integra en el movimiento sociológico de su época por su interés en la historia de la propiedad. No podríamos dejarlo ahí y olvidar las conclusiones a que llegó. ¿No recordamos ya que Oliveira Martins se definía como socialista? ¿Qué relación existe entre sus estudios sobre la propiedad y su socialismo? Es lo que vamos a analizar ahora.

La gran lección que hay que sacar de los estudios históricos sobre la propiedad es que tienen una evolución verdaderamente cíclica. Ciertamente que Oliveira Martins no es el único en notarlos. Pero, a causa de su espíritu sistemático, destacó mucho: todo pasa como si los hombres volviesen a la concepción primitiva

de la propiedad. El derecho absoluto de propiedad, el individualismo integral, aparecen, finalmente, como un episodio efímero. Del colectivismo agrario de las primeras sociedades humanas al que se anuncia en el seno de las civilizaciones más modernas, el ciclo se cierra y Oliveira Martins nos describe las fases. Se refiere primero al comunitarismo primitivo, después a la forma derivada, menos absoluta, en la cual, si los trabajos se hacen en común, la producción obtenida es repartida entre las familias. Pero la función de la familia crece y el primer atentado serio a ese principio surge cuando se admite en su favor la redistribución periódica de las tierras colectivas. El título del capítulo dedicado a esta fase, «as sortes» (pp. 98-112), es muy característico.⁷⁶ La palabra «sorte» fue y todavía es de uso corriente en Portugal, cuando se trata de la apropiación provisoria o definitiva de un trozo de tierra que perteneció a la comunidad. Sugiere, evidentemente, el hábito de echar a suertes e incluso las antiguas reparticiones periódicas.⁷⁷

La familia, que vemos poco a poco destacarse de la colectividad, acaba por adquirir una importancia decisiva. Las «sortes» se convierten en lotes de tierras definitivos. ¿Representa esto el triunfo de la propiedad privada? Todavía no, para nuestro autor. Estamos apenas en el estadio del «colectivismo familiar», porque es la familia quien lo posee. Su jefe está al servicio de la comunidad; administra tierras que no le pertenecen como bienes propios. Puede así decirse que la larga existencia de los mayorazgos representa en la época moderna la supervivencia de este «colectivismo familiar». Con todo, en este caso, Oliveira Martins hace una anotación de interés. Le parece que la evolución que acaba de describir no fue idéntica en todos los pueblos europeos. Distingue dos grupos: los eslavos y los germanos por un lado, los italo-griegos, por otro. El primer grupo sólo conoció la redistribución periódica de las tierras. El segundo, por el contrario, pasó directamente del comunitarismo primitivo a la propiedad familiar, sin conocer la fase de las «sortes». Esta oposición deja de lado a la península Ibérica, puede objetarse, lo que sorprende, pues se trata de un portugués, autor de una *História da Civilização Ibérica* y en que procuró definir sus características originales. Podemos, por lo menos, reconocer el contraste que ofrece un tema que estuvo por mucho tiempo en el primer plano de los estudios agrarios: la oposición entre el individualismo meridional y el colectivismo nórdico.

La última fase se adivina fácilmente. Es la de la «individualización». La auténtica propiedad privada triunfa. Y con ella triunfa, en realidad, el instinto de libertad, cuyos progresos fueron absolutamente paralelos, porque la historia de la propiedad sólo es para Oliveira Martins un símbolo, una prueba de la evolución global de la sociedad. Esta es dirigida por un movimiento dialéctico que liga, oponiéndolos la colectividad y el individuo, la solidaridad, o sea, la cohesión necesaria de grupo que niega el derecho del individuo, y la libertad que lo exige. Esta idea está en la base del *Quadro das Instituições Primitivas*. Vemos formularse en ella —escribe— los dos polos entre los cuales gira en sus revoluciones la sociedad, es decir, la libertad del hombre y la cohesión o la solidaridad del cuerpo social...

La cohesión de los primeros tiempos hace de las sociedades una agregación inconsciente: son un todo oscuro que obedece a leyes naturales; parecen un pólipo o una arborescencia de la vida... Crisálida en el seno de la tribu, del clan, el hombre se libera en la ciudad, es independiente, sólo en tanto es socialmente acabado.⁷⁸

Algunos años más tarde Oliveira Martins retomaba, casi palabra por palabra esta teoría, haciendo de ella, de acuerdo con su temperamento, la aplicación sociológica (proudhoniana) de un principio más general, más filosófico, en el cual se nota la influencia de Hegel:

Todo cuanto existe gira entre los polos de una contradicción o antinomia fundamental. En las sociedades humanas un polo es el instinto de expansión de la voluntad individual, el otro polo es la idea de la conservación del cuerpo social. Los doctores llamaron raramente a estos polos libertad a uno, autoridad a otro.⁷⁹

Es por esto por lo que en la medida que el instinto de libertad progresa (sería mejor decir, como Oliveira Martins, a medida que la conciencia de libertad sale del clan hacia la familia y después hacia el individuo) la propiedad privada progresa al mismo tiempo. Constituye apenas un caso particular de una evolución de la cual él da un resumen al final de su libro, un cuadro rigurosamente elaborado, en el que se encuentran uno junto al otro, los tres periodos estudiados —el estado de propiedad, de justicia y de gobierno.⁸⁰

Hasta aquí los economistas y los sociólogos «liberales» sólo tienen que mostrarse satisfechos con esta demostración, por lo demás clásica en sus fundamentos, y cuyo interés proviene del admirable espíritu de sistema que la anima, así como de la riqueza de los ejemplos utilizados. Pero el movimiento dialéctico no termina ahí. En efecto, el desarrollo del individualismo quiebra el equilibrio necesario. La libertad tiene consecuencias nefastas. Se trata, como leemos más arriba, de un instinto conquistador («el instinto de *expansión* de la voluntad individual» dice el texto).

La libertad, que en un polo es independencia, es en otro dominio. Ser libre es dominar; poseer y expoliar... el dominio del hombre independiente es la sujeción de otro hombre y la libertad de un individuo es la esclavitud del semejante. Así también la propiedad de uno es la pobreza de otro.⁸¹

Oliveira Martins gusta de mostrar cómo se oponen libertad y solidaridad, o, incluso libertad e igualdad, y se aprecia en este arte de manejar las contradicciones la influencia de Proudhon, que nuestro autor también utiliza para el estudio de la propiedad al mostrarnos cómo, de acuerdo con la fórmula antes citada, la propiedad lleva a la miseria. Es que a los abusos de la libertad corresponden los de la propiedad. El individualismo desenfrenado lleva a los latifundios, «esos *latifundia* que perdieron en la antigüedad a Italia, y modernamente amenazan a Inglaterra». ⁸² Ya se vieron sus efectos deplorables en la antigüedad. Hoy los inconvenientes visibles asustan...

Sobre la Tierra se congregan los hombres, pero más como proletarios que dependientes, sin lazo que los ligue, a no ser la influencia y el poder irresponsable del propietario.⁸³

Se llega a criticar la noción de propiedad individual de la tierra al considerarla como un error, como un crimen. Y todavía, nota Oliveira Martins, se trata de un fenómeno muy importante, muy general para que no sea el resultado de una evolución necesaria:

Las sociedades obedecen siempre a las leyes y a su desarrollo orgánico. La tierra es individualista, como tantos otros fenómenos, un resultado de esas leyes.⁸⁴

¿Habrán de aceptarse los descalabros que de ahí provienen porque la ciencia demuestra que son inevitables? Esto sería hacer un mal uso de la ciencia, piensa Oliveira Martins. Sería querer hacer parar el curso de la historia. La evolución todavía no terminó. El propio principio de la dialéctica trae consigo un movimiento en sentido inverso. El instinto social, la solidaridad, la cohesión, todo lo que representa el otro polo de la sociedad reacciona vigorosamente. Ya no es posible mantener el derecho absoluto de los propietarios. Como un organismo doliente (empleamos este término a propósito porque el «organicismo» es un aspecto muy estudiado del pensamiento de nuestro autor) la sociedad se defiende. Produce espontáneamente aquello que podríamos llamar un antídoto; un retorno a una concepción más colectivista de la propiedad. Surgen remedios contra el excesivo individualismo. Para Oliveira Martins la sociedad anónima es uno de ellos. La cooperación es otro, quizás menos inesperado.

Se ve ahora por qué se puede hablar de «círculo de evolución social»: es que la propiedad colectiva parece encontrarse en el fin del camino recorrido. La idea de un retorno, por lo menos aparente, al pasado, de un círculo, fue claramente expresada por Oliveira Martins:

El valor científico de las instituciones primitivas lo conoce el lector: son esbozos rudos de formaciones definitivas; y en este sentido se nos figura que recorrido el círculo de la evolución, la tierra volverá al dominio colectivo, dejando de ser cosa venal y apropiable, como las necesidades de la historia, necesidades por lo demás legítimas e imprescriptibles, la hicieron.⁸⁵

La misma idea se encuentra en un artículo posterior, en el cual Oliveira Martins habla, a propósito de la sociología, de la evolución obligatoria de las sociedades. En él aparece el siguiente pasaje:

Del comunismo primitivo, si nos referimos a la propiedad, al regalismo, en que todo pertenece al soberano; de ahí al feudalismo, en que la soberanía se fragmenta y con ella la propiedad; del feudalismo al individualismo, en que la propiedad es el distintivo del ciudadano; de ahí finalmente, *por una inversión del proceso*^{**}, al colectivismo, aspiración actual de las democracias y que parece ser en este ramo el término de la historia social.⁸⁶

¡Casi parece estar oyendo a Karl Marx al hablar de la «prehistoria de la Humanidad»!

Aunque utilice la expresión «círculo cerrado», no puede todavía identificarse la situación final con la inicial. *A priori*, se adivina que se trataría, teniendo en cuenta el espíritu histórico, del sentido fundamental de la evolución mostrado por un hombre como Oliveira Martins, de un pecado contra el espíritu. Por debajo de la semejanza aparente debe de haber diferencias profundas.

La principal es evidentemente la siguiente: si la palabra «colectivismo» se puede aplicar en los dos casos, porque es muy general y significa simplemente derechos eminentes de la comunidad sobre la tierra, abarca, sin embargo, dos realidades diversas. El colectivismo primitivo es el comunismo, que ignora la propiedad privada. El colectivismo final no es el comunismo. Éste asimila la propiedad privada, no la suprime, la ultrapasa. Todavía joven, Oliveira Martins condenaba el comunismo: «Puede la imaginación», decía en la *Teoria do Socialismo*,⁸⁷ «concebirlo, no puede la ciencia registrarlo». Once años más tarde, en el *Quadro*, repetía varias veces que podía llevar al «pudrimiento de las sociedades», a catástrofes (como muestra el ejemplo de Esparta) tal como su contrario.⁸⁸

La filosofía, la dialéctica de nuestro autor, permiten adivinar fácilmente su actitud. La solución definitiva debe ser un equilibrio que mantenga la propiedad en la medida en que corresponda a la exigencia fundamental: la de la libertad; pero que la limite, la reglamente, en la medida en que se debe tener en cuenta otra exigencia no menos fundamental: la de la solidaridad, de la cohesión social. En un pasaje muy claro del *Quadro*, Oliveira Martins no da la razón, porque la considera errada, a ninguna teoría del comunismo y del individualismo:

Y ambos desvirtúan la realidad de los hechos, lo que los condena irremisiblemente.⁸⁹

En un estilo más o menos hegeliano se podría decir que el comunismo primitivo es la tesis cuya antítesis es el individualismo integral. La síntesis necesaria que ya se anuncia es el socialismo. Se comprende entonces por qué se interesa Oliveira Martins por la cooperación y hasta por las sociedades anónimas. A propósito de estas últimas ¿no escribió acaso esta frase sorprendente?

¿Qué es una compañía (de viaje, de navegación, bancaria, industrial, etc.) sino la imagen de esas comunas remotas, sentada sobre el principio de la propiedad individual?⁹⁰

Así puede avanzarse hacia la solución de la cuestión social:

Sería absurdo imaginar que tuviésemos que volver al tipo primitivo comunal. Pero no es quimérico, ni absurdo, mostrar la urgencia declarada en templar las exageraciones del individualismo.⁹¹

En un folleto de 1878, titulado *As Eleições*, se encuentra una excelente definición de su socialismo (p. 48):

El Estado no es el distribuidor universal de la riqueza, pero ha de ser el constante órgano de la justicia; no la puede crear porque su misión consiste apenas en regular la distribución y ponderar las fuerzas sociales en un equilibrio duradero. La futura república no será la quimérica ciudad del comunismo, será, sin embargo —ya es tiempo que lo reconozcamos—, una federación de fábricas organizadas cooperativamente y una congregación de labradores-propietarios, arando la tierra individual o colectivamente, según las necesidades del cultivo.

¡Siempre Proudhon!

La diferencia que hemos expuesto entre los dos colectivismos no es la única. Existe otra cuyas consecuencias son fundamentales: es que lo primero, lo antiguo, es el inconsciente; en cuanto a lo segundo, lo moderno, no puede ni debe serlo. En efecto, a partir del momento en que el individuo existe realmente, quiere decir, independientemente del grupo social que sería su único fin, el colectivismo sólo puede asentar una aceptación voluntaria. Es esto lo que permite precisamente la aparición del estado positivo, puesto que el desarrollo de la ciencia ayuda a comprender mejor el problema. En el periodo anterior, el espíritu colectivo, cuando una gran crisis exigía de una comunidad humana un esfuerzo considerable, sólo se manifestaba gracias a los «héroes». En esta fase, todavía confusa, en que el individualismo, o dogmatismo, impiden el arranque indispensable del sentido social, son los héroes los que surgen en primer plano. Pero su función es transitoria:

El dogmatismo teórico y el heroísmo personal de los periodos dramáticos de la historia, en la cual uno representa la inteligencia y otro la acción, fueron la transición del anonimato social primitivo, instintivo, espontáneo o inconsciente, hacia este otro anonimato que ya hoy asoma, democrática y nacionalmente, de un modo consciente y científico, u objetivo y positivo.⁹²

En la época positiva las cosas son, en suma, más sencillas: habiendo el individuo libre tomado consciencia de la solidaridad necesaria, el equilibrio ideal se puede realizar. Y, al mismo tiempo, se resuelve otra antinomia fundamental, la que opone libertad e igualdad:

Libertad y cohesión, individuo y sociedad, son, pues, los polos de un globo que tiene por ecuador la igualdad.⁹³

Dialécticamente, la conciencia encuentra, por así decir, su unidad en un nivel superior. La conciencia colectiva se había opuesto a la conciencia individual. Las dos darán pronto un buen maridaje.

Pero Oliveira Martins tenía dudas sobre el éxito anunciado. En una página interesante, en la que no falta profundidad sociológica, dedicada al *mir* ruso, escribió después de haber comprobado que su fundamento era religioso:

Pero en el corazón de la aldea, en el interior oscuro de la isla, luce todavía una tradición remota que hace del *mir* un milagro, un presente de Dios, dándole una autoridad trascendente y absoluta...

Pregunta entonces si será posible hacer revivir el colectivismo en la época moderna, con ayuda de la razón, sin el apoyo del mito:

Institución poética por ser espontánea y primitiva, y por eso mismo opuesta a la expansión de la libertad moral del hombre. Esas comunas son como pólipos sociales. ¿Disipada la creencia, se mantendrá la unión? Ahí está el problema, puesto que la fe se ha de disipar inevitablemente. Todas esas instituciones remotas en que domina el principio de cohesión y de solidaridad cimentada en la religión, parecen tener que sucumbir con ella; y el gran problema de nuestro tiempo consiste en saber si con la razón y en el seno de la libertad, los hombres son capaces de restablecer el principio indispensable de la solidaridad periclitante.⁹⁴

¿No puede ser calmada esta inquietud por aquello que Oliveira Martins escribió sobre el temperamento peninsular? Es momento ahora de evocar algunas de sus ideas presentadas en la *História da Civilização Ibérica*.

Cuando al final de su libro se debate sobre el problema del necesario renacer de *Espanha*⁹⁵ afirma la necesidad de que se reconstituya el cuerpo social, «más que ningún otro agitado y enfermo por una enfermedad de tres siglos» y juzga indispensable que se dé a esta obra de reconstrucción un carácter original, un cuño propio. Es preciso, pues, darle como fundamento una base tradicional. Oliveira Martins se explica inmediatamente:

Espanha fue en todo y siempre una democracia. Lo era en su existencia de tribu; lo fue bajo el régimen municipal romano. La invasión de las instituciones germánicas aristocráticas no puede destruir la anterior constitución de *Espanha*... En el fondo, como las rocas ígneas, era inagotable: el resto eran accidentes, como los terrenos superiores, sujetos a las influencias erosivas de las corrientes... Por eso es más consistente refundar la sociedad en la democracia.⁹⁶

El espíritu democrático es para Oliveira Martins el espíritu comunitario, cuyos orígenes más remotos se remontan al poblamiento de la Península. Se trata, pues, de una característica étnica que se explica fácilmente si se observan del otro lado del Mediterráneo las poblaciones norte-africanas. Es aquí donde interviene el «berberismo» de Oliveira Martins:

La afinidad entre los pueblos primitivos de *Espanha* y los que todavía hoy representan las poblaciones de Africa septentrional tiene en sí cada vez argumentos más poderosos.⁹⁷

Esta semejanza se reconoce por la importancia de las comunidades aldeanas:

La *djemâa* o aldea de las tribus del Atlas se parece de un modo tan notable al *pueblo espanhol* que es ilícito suponer la existencia en la *Espanha* prerromana, de *djemâas* constituidas por los conquistadores en municipios y que bajo esta forma llegaron hasta nosotros.⁹⁸

El *ayuntamiento* es, por tanto, la *djemâa* berebere y, a pesar de los progresos del Estado, éste no consiguió modificar en *Espanha* el fondo de vida social. Las apariencias subsisten, pues:

Toda cábila puede ser *amin*, todo espanhol *alcalde*. Como la *djemâa*, también el *ayuntamiento* es una caja de socorro mutuo; y si más aquí del Mediterráneo no se encuentra el *timecheret*, o distribución de carne, se encuentra el *pueblo* el silo colectivo y la *dehesa* común, donde los munícipes mandan pastar a su ganado, todos tienen, por lo menos, un cerdo y un burro —se encuentra, en fin, la *suerte*, donde cada cual hace su pan.⁹⁹

De nuevo llegamos al colectivismo agrario. Este espíritu democrático acompaña un sentimiento igualitario muy acentuado:

El sentimiento de una igualdad natural se imprime en las instituciones, y lucha contra las fuerzas espontáneas de la naturaleza económica. La pobreza acaba siendo un incidente, no una fatalidad; y por eso el mendigo no pierde la nobleza, la dignidad: no es un paria como en las sociedades industriales.¹⁰⁰

Esta «pasión de igualdad» es un obstáculo al progreso puesto que impide la constitución del Estado. Fue además por eso por lo que la conquista romana trajo un gran beneficio a los bereberes de España: los englobó en la civilización europea. Además este temperamento presenta ventajas. Este viejo sistema, que «no fomenta por supuesto la producción de riqueza, sino que regulariza la distribución y evita el proletariado»,¹⁰¹ puede inspirar las reformas modernas. La democracia es una base sólida de la renovación de la vida nacional, diría Oliveira Martins. Y añade:

Es más eficaz porque resuelve las cuestiones económicas que el régimen de las burguesías levantó en Europa central con desarrollo de la riqueza y que se levantaron en la Península, tanto más cuanto mayor fue el progreso de su instrucción, y de sus industrias.¹⁰²

Estas son las ventajas que la permanencia y el vigor de los fundamentos igualitario y colectivista, o sea, del espíritu democrático, aseguran a España.¹⁰³

4

Había en este punto de vista de Oliveira Martins elementos para una política socialista activa, o, por lo menos, para una política a lo Costa. ¿Qué sucedió?

Cuando se consultan las antologías de artículos de nuestro autor, es decir, la *Política e Economía Nacional* y los *Dispersos*, con la intención de encontrar allí información sobre el programa que defendió, se queda uno admirado por la poca importancia atribuida a las cuestiones agrarias. De los nueve asuntos tratados en la primera antología, publicada en 1885, ninguno trata de economía rural. Los

campesinos no aparecen, en tanto que Oliveira Martins habla con mucha humanidad de los pescadores.¹⁰⁴ El artículo dedicado al *Socialisme Contemporain*, de Laveleye, es, como decimos, muy general. ¿Tendremos más suerte con la advertencia de veintiuna páginas que abre el volumen? Se trata de un texto capital en el que Oliveira Martins explica su adhesión al Partido Progresista y expone la orientación que en él quiere hacer triunfar:

Pero era menester que el antiguo partido patuleia¹⁰⁵ se inspirase en una política nueva y que, abandonando la preocupación exclusiva de juristas más o menos radicales, hoy que las cuestiones de derecho público se hacen depender por todas partes de la economía social, mostrase, ante la restauración de la autoridad y de la riqueza nacional y ante la protección a dar a los desheredados de la fortuna, el mismo espíritu democrático de que en otros tiempos dio pruebas... Esta es la única manera actual o *moderna* de ser patuleia.¹⁰⁶

En este caso, la agricultura no es olvidada sino considerada un punto interesante. Oliveira Martins no parece inquietarse por ella dado que el estado de la agricultura portuguesa, a su entender, progresó.

Era necesario, pues, era menester avivar las fuerzas productoras del país que, día a día, *a excepción única de la agricultura*, ella misma castigada hoy en las dos principales fuentes de rendimiento, el pan y el vino, decaen o mueren.¹⁰⁷

Lo que le inquieta, y de ello hablará a menudo, es la emigración:

La mitad del reino está sin cultivar, y una emigración descomunal va a buscar trabajo fuera.

También entre las medidas urgentes que propugna y que son exigidas por la «economía social portuguesa» (son diez) se encuentra una que hace referencia directamente a la agricultura:

Aumentar el área cultivada del reino, regando y arborizando especialmente su mitad sur; creando centros o colonias de trabajo con la gente de Azores, Madeira y Minho que salen fuera¹⁰⁸ e instituyendo para ello formas adecuadas de propiedad y protección.

Estas últimas palabras sustentan algo de «colectivista». Pero en su conjunto es, cuando menos, muy vago.

En los *Dispersos*, en donde António Sérgio reunió, en 120 páginas, artículos consagrados a los «Problemas económicos» nuestra busca será más fructuosa. La emigración tiene un lugar relevante, pero aparecen sobre todo tres extractos a los cuales el editor dio el título siguiente: «El problema de nuestros latifundios del Sur», «Propiedad minúscula» y «El problema del pan».¹⁰⁹ Los dos primeros estudios, que fueron publicados en *A Província* el 16 y el 26 de diciembre de 1886, resumen, evidentemente, la cuestión agraria portuguesa, para la que, por otra parte, no presentan solución.

Esta solución se encuentra en *Fomento Rural*, en «Proyecto de ley de fomento rural», presentado el 27 de abril de 1887 por Oliveira Martins, entonces diputado. La obra (el discurso y el texto propiamente dicho representan 155 páginas) se hizo célebre, aunque por entonces no había interesado mucho a los políticos.¹¹⁰ En él se encuentra el espíritu de los dos artículos precedentes y hasta la redacción del segundo. El artículo sobre «la propiedad minúscula» es casi íntegramente reproducido (pp. 59 a 61).¹¹¹

Oliveira Martins nos indica los medios jurídicos que le parecen necesarios para realizar un objetivo general, el progreso agrícola, que descompone en objetos particulares: roturación de las tierras incultas, lucha contra la parcelación de las explotaciones (del Norte), crédito rural, utilización de las aguas y desecación de pantanos. Es en el párrafo III, «Formas de colonización»,¹¹² donde podríamos pensar encontrar una inspiración colectiva. Ahora bien, eso no ocurre. La idea expresada es muy simplemente la de Herculano: es preciso recurrir a las instituciones enraizadas en la tradición portuguesa, aquella que en particular dio en el pasado resultados análogos a los que se pretenden actualmente:

Esa institución es el aforamiento...; el foro, ese gran moralizador de la tierra, en frase de Alejandro Herculano, está vivo todavía en el corazón de nuestros pueblos.¹¹³

Todavía más, Oliveira Martins entiende que para ayudar a los pequeños propietarios agrícolas, se debe favorecer la formación de sociedades capitalistas. «Las sociedades de colonización» podrían tanto instalar a los colonos, proporcionándoles alojamiento e instrumentos de trabajo, como roturar por cuenta propia, y después de cierto tiempo, confiar las tierras revalorizadas a los aforados. Se trataría, por tanto, de concesiones y, siempre impulsado por el deseo de inspirarse en el pasado, ve en ello la forma moderna de las donaciones hechas por el rey en los primeros tiempos de Portugal:

Lo que hace siglos se llamaba donaciones se llaman ahora concesiones; y si en otras épocas el espíritu religioso era, de un modo más o menos definido, el incentivo del trabajo, hoy el instinto de apropiación, el deseo de lucro, son la única base sobre la que se puede construir.¹¹⁴

Nada de revolucionario en todo esto, a no ser la medida de nacionalizar al final de cinco o diez años las tierras incultas que sus propietarios no hubieran valorado.¹¹⁵ Y aún más, el autor ya nos había avisado de que «el fin de esta ley no es modificar el régimen existente de la propiedad, cualesquiera que sean los abusos que se puedan denunciar».¹¹⁶

El lector debe recordar el pasaje que antes citamos del folleto sobre elecciones,¹¹⁷ en el cual Oliveira Martins defiende la cooperación y la asociación entre propietarios campesinos. De hecho, uno de los objetos de la ley es favorecer esas asociaciones. El párrafo 10 de la introducción trata de este asunto, al cual por lo demás, está dedicado también el título IV del proyecto de ley.¹¹⁸ La función que

les es atribuida, es, sin embargo, limitada, más limitada de lo que se podría pensar o dejaría esperar el conocimiento que ya tenemos del pensamiento de Oliveira Martins, y hasta de un pasaje del texto, en que afirma que las agrupaciones previstas en ciertos casos obligatorios, debían representar los intereses colectivos de los propietarios de una región y constituir una especie de molécula intermedia entre el individuo y el Estado. ¿Para qué serviría pues, esta «institución fecunda y que dio pruebas»?:¹¹⁹ para el riego, defensa contra las inundaciones y destrucciones, desecación de las tierras pantanosas y saladas, encargo de trabajos hidráulicos o de repoblación forestal, que son emprendidos por el Gobierno, constitución de reservas de caza y explotación de concesiones de pesca. No hay nada verdaderamente «colectivista» en todo esto, a no ser la posibilidad de imponer la entrada en la asociación, organizada por una municipalidad, de la minoría, cuando la mayoría represente, por lo menos, dos tercios del valor total de los terrenos considerados. Contra los recalcitrantes se podrá recurrir a la expropiación en favor de la utilidad pública. Es este caso, como en aquel de la valoración de los terrenos incultos, se admite el derecho superior de la comunidad, a expensas de los propietarios.

Es poco en relación con lo que se esperaba y con lo que ha de venir a proponer Costa, destacadamente en cuanto a la explotación de los terrenos incultos, de los baldíos, que propugna se organicen colectivamente. Es sorprendente encontrar al socialista que es Oliveira Martins tan próximo del individualista que era Herculano. El *Fomento Rural* es más preciso, más técnico que el «proyecto de decreto», ¿pero no es idéntica su inspiración?

Sin duda se puede explicar esta contradicción por las necesidades de la acción política. Oliveira Martins difícilmente conseguiría que los problemas económicos y financieros fuesen considerados con la seriedad que entendía indispensable. En el momento que escribía estaba persuadido de la urgencia de estos problemas, pero no podía expresarse francamente si quería tener alguna posibilidad de ser escuchado. Cualquier alusión colectivista sería imprudente. Tal actitud va, sin embargo, mucho más allá del simple oportunismo. Se reviste de una profunda significación que tenemos que analizar.

El programa que Oliveira Martins quiere aplicar cuenta con ser admitido por los diputados de los partidos tradicionales, por lo menos de uno de esos partidos. De ningún modo tiene en cuenta la actuación campesina. Lo que hace Costa nunca le tentó, o sea, darle a la campaña de la reforma agraria la base social que sería lógica, de los futuros beneficiarios. Es que Oliveira Martins no tenía las vinculaciones rurales de Costa. En el pueblo conocía mucho mejor a los obreros, con los que establecerá contactos frecuentes, sobre todo en España, que con los campesinos. Fue, no se olvide, diputado por Oporto y la única fuerza política que le parecía capaz de favorecer la instauración del socialismo era la pequeña burguesía. Recordemos el ejemplo francés por él propuesto cuando da su confianza a las

«nuevas camadas». Que no haya creído en la posibilidad de un socialismo obrero, es aceptable en Portugal. Pero, a pesar de todo, sorprende que tenga principalmente confianza en la burguesía. ¿El «socialismo de cátedra» explica perfectamente su actitud? Es evidente que hay otro factor, específicamente portugués: el que las masas campesinas se encuentran en Portugal, fuera del juego político. Oliveira Martins se refiere frecuentemente a su pasividad. Si decidió no fundar sobre ellas la política socialista fue, por tanto, en virtud de una actitud que considera realista. Pero todavía hay más, y más sorprendente. Oliveira Martins tiene miedo... del espíritu colectivista que existe en el alma campesina: recela encontrar instintos peligrosos. El movimiento campesino amenazaba resucitar el comunismo primitivo:

Anarquismo —escribía en 1886—¹²⁰ no tenemos, pero de un momento a otro puede aparecer, en este jardín de Europa, esa flor palúdica. No tenemos anarquismo porque no tenemos, puede decirse, proletariado industrial. Pero la crisis de los campos puede traer a las ciudades los bandos de los *jacques*, aunque nuestro campesino sea paciente y sumiso como el turco.

Es preciso, pues, que la burguesía comprenda su propio interés. Incluso la burguesía «político-bancaria» debe admitir el carácter inevitable del socialismo y evitar una maniobra en falso, tentadora, pero llena de riesgos:

¿Irá, tal vez, a los campos, cuya propiedad es suya, a concitar a las plebes de siervos que allí aran con el sudor de su frente la fértil tierra? ¿Irá a convencer a las hordas semi salvajes que habitan las sierras, alimentadas de pan negro? Sería ese el momento crítico, y si esas plebes bárbaras, mundo de caos humano, que en sí contienen, sí, más latente, el germen de la futura armonía, cayesen sobre las ciudades como Alarico sobre Roma, su victoria sería para Portugal la primera época de una vida muerta como la de la Grecia moderna, como la de la América española, una vida de vandalismo sistemático... ¡Acordaos de esto, conservadores! Si se armasen contra nosotros las plebes rurales, serían ellas quienes al día siguiente de la victoria os expoliarían a vosotros, brutal, animalmente, para levantar sobre las ruinas de la sociedad el comunismo de las eras primitivas.¹²¹

Es muy posible que este punto de vista sobre las masas rurales sea realista y que Oliveira Martins haya simplemente querido adaptar su socialismo teórico a las condiciones económicas, sociales y psicológicas de Portugal a finales del siglo XIX. Pero ¿cómo no dejar de señalar en su pensamiento la contradicción que tan de cerca se relaciona con nuestro estudio? Por un lado, una afirmación teórica muy clara: el substrato colectivista que permanece en los campos, muy particularmente en la península Ibérica, favorece la eclosión del socialismo, el cierre del ciclo. Por otro lado, en la acción práctica, un gran desprecio hacia aquellos que son los mejores representantes de esta mentalidad, y finalmente, mucha esperanza en el sentimiento y la buena visión de la clase más individualista.

¿Pero este rechazo de un socialismo campesino no constituye una característica global del socialismo portugués? Cuando Antero de Quental, *o Santo*, quiere

participar de la vida de las clases explotadas se hace tipógrafo... y se instala en París. A la misma altura, en esa Rusia que Oliveira Martins tan bien conocía, hasta por causa de su «colectivismo agrario», la juventud intelectual se dirigía al pueblo y procuraba penetrar en las aldeas y llevarles la palabra. Nada semejante en Portugal,¹²² que, en este caso, difiere sensiblemente de España. En Portugal no se registran levantamientos campesinos, tan frecuentes al otro lado de la frontera. La influencia del bakuninismo parece haber sido mínima.¹²³ Cuando en 1883, los propietarios andaluces quisieron hacer fracasar una huelga de trabajadores a jornal contrataron trabajadores portugueses que, como dice Bruguera,¹²⁴ «huyeron asustados cuando los huelguistas les amenazaron». Los campesinos portugueses no parecen haber formado, verdaderamente, ni siquiera en las regiones de latifundio, una base seria para un movimiento revolucionario.¹²⁵ Es preciso no olvidar que en el tiempo de las guerras civiles, todavía próximo, el miguelismo era popular porque las masas campesinas seguían con fanatismo a los curas y al rey, que encarnaba la tradición, como si confusamente tuviesen sentido los males que al fin del Antiguo Régimen les podía llegar. Oliveira Martins, después de muchos otros, entre los cuales Herculano, describió también en *Portugal Contemporáneo* esta situación paradójica en que los libertadores del pueblo habían de combatir la voluntad popular. D. Miguel, el tirano, era en verdad un jefe democrático, un César. Bien podía decir la teoría que las clases rurales tenían en sí «el germen de la futura armonía» porque sólo lo contenía de modo «latente» y permanecían siendo «hordas semi salvajes».

El contraste que surge entre Portugal y España parece muy interesante. Estamos tentados de procurar la explicación en la oposición, o mejor todavía, en las diferencias de las estructuras sociales. La España del siglo XIX participó en la revolución industrial, tuvo una clase obrera en la que el socialismo pudo encontrar raíces sólidas. No se trató de un movimiento intelectual e importado del extranjero. Por más sorprendente que sea, nos parece que un socialismo de base obrera es más apto para entender el problema campesino porque es infinitamente más concreto y porque plantea, en un país que permanece esencialmente agrícola, un problema fundamental: el de las relaciones entre la clase obrera y las otras clases. El ejemplo de España es confirmado por otro país más grande, el de Rusia, y por su contrario, el de Portugal, donde la clase revolucionaria por excelencia era la pequeña o media burguesía, irritada por la aplastante e hipócrita preponderancia de los barones.

Fue eso lo que Oliveira Martins vio muy bien cuando se adhirió al Partido Progresista en la esperanza de hacer revivir el espíritu *patuleia*, orientándolo hacia el socialismo. Fue una ilusión: siendo la pequeña burguesía la clase revolucionaria, no se podía interesar por el socialismo. Planteó, antes que nada, el problema del régimen y se interesó, más que por las cuestiones económicas, por la llegada de la república. Sin duda que esta acción puramente política (cuyo apóstol fue Teófilo Braga, propagandista del positivismo en Portugal, antiguo amigo de Oliveira Mar-

tins y luego su rival) no pretendía limitarse al derrumbamiento de la monarquía. Hubo en el Partido Republicano un ala socializante, y hasta en su programa surgieron artículos para probar que no se desinteresaba por las cuestiones sociales. El «Proyecto de un Programa Federalista Radical para el Partido Republicano Português», probablemente inspirado por Teófilo Braga,¹²⁶ recuerda en su artículo 25 a Proudhon y hace recordar a Costa:

Crédito a las corporaciones agrícolas e industriales tendentes a la supresión del salariado; favorecer por medio de máquinas agrícolas e instrumentos industriales, alquilados por el municipio, por la provincia o por el Estado, el cultivo o la producción en común.

Pero el artículo en cuestión no es específicamente agrario.¹²⁷ Se trata de la aplicación de una teoría visiblemente concebida en abstracto —la de la cooperación—. Se sabe, por lo demás, que en Braga estaba muy arraigada la pequeña propiedad. Incluso así, si se tuviera en cuenta una tesis fundamental, según la cual el éxito del movimiento republicano no constituía un fin en sí, sino una condición preliminar, indispensable a todo el progreso futuro, es preciso, pensamos, notar la débil conciencia que el movimiento republicano, tomado en conjunto, tenía por las cuestiones económicas y sociales. Dígase lo que se diga, el objetivo político inmediato las llevaba hacia un segundo plano. Oliveira Martins, para quien el problema del régimen era secundario, proponía a aquellos a los que quería guiar un programa que no les apasionaba, a pesar de la gran prudencia que mostró. La pequeña burguesía portuguesa era radical, en el sentido francés del término. ¿No se ha dicho muchas veces que el radicalismo trabó la política social?

Estas consideraciones a propósito de las razones de una malogración, la del espíritu colectivista, tienen el defecto de sólo analizar el problema en el siglo XIX. Dejan de lado un hecho que no es de despreciar: es que la falta de interés, de sensibilidad, de que hablamos, viene de muy atrás. Ya notamos, a propósito de la teoría del «buen salvaje», la inexistencia de obras portuguesas sobre el tema. Se ha llegado a pensar, dada la profundidad y el vigor del sentimiento nacional, que se trata de un trazo permanente del espíritu portugués.

Esta permanencia puede explicarse por una razón que las consideraciones precedentes apenas evidencian para el siglo XIX, pero que es posible generalizar: la continuidad de la acción de la burguesía en la vida del país. No queríamos, llevados por el ejemplo de Oliveira Martins, dar una visión demasiado abstracta y simplificada de la historia portuguesa, ¿pero cómo sería posible no quedar admirados por el lugar ocupado por el comercio y la vida marítima en el nacimiento de la nacionalidad en plena Edad Media? Inútil insistir en la época de los grandes descubrimientos. Pero después, en los siglos XVII y XVIII y por lo menos hasta las guerras napoleónicas, el pequeño Portugal fue un gran país comerciante. Un gran país de comerciantes, por lo tanto, también de comerciantes (obsérvese actualmente la colonia portuguesa en Brasil) y hombres de negocios de envergadura.

Una nación burguesa, por tanto.¹²⁸ Una nación en que el individualismo es un cierto gusto por la eficacia, por la ganancia, contribuirían finalmente a relegar a un segundo plano la sensibilidad o la sentimentalidad socializante, igualitaria. Una nación donde los problemas campesinos difícilmente podían ser abordados en una perspectiva colectivista. La burguesía en la medida en que era ella misma la que poseía una parte de la tierra, se agarraba al derecho de propiedad absoluta en el dominio de la propiedad, mucho más que la inglesa, por ejemplo, que no lo tenía. Para ella, la solución del problema agrario estaba en el desarrollo de la pequeña explotación individual. La enfiteusis constituía el buen ejemplo ofrecido por la tradición nacional. Las servidumbres colectivas formaban, por el contrario, un obstáculo que había de desaparecer, siendo sólo admisible la asociación libre de los productores. No ocurrió lo mismo en España, donde la vida intelectual fue más compleja y en donde la presión del proletariado rural fue más fuerte. El pueblo español, como se dice (entre otros por Costa), es un pueblo de campesinos y de soldados. Portugal, puede entonces decirse, era un pueblo de comerciantes y de marineros. Hay sin duda mucha exageración en el contraste así expuesto. Castilla no constituía toda España, lo mismo que Oporto y Lisboa no constituyen todo Portugal. Sin embargo, se revela tal vez algo esencial, una tónica dominante, por así decir, de la que tomamos los efectos desde el principio de este estudio y que, al final, explicaría la diferencia que encontramos entre Oliveira Martins y Joaquín Costa.

Mientras tanto, ¡cuántas semejanzas hay entre los dos hombres! Y que merecen ser estudiadas con más atención porque estos dos espíritus van a plantear, a finales del siglo, un problema idéntico: el de la regeneración de sus países en la medida en que atravesaban una crisis profunda. Por consiguiente, el problema ibérico es visto por dos hombres que tenían el sentimiento profundo del iberismo. Valía la pena, pues, investigar cuál fue la influencia del pensamiento español sobre Oliveira Martins, que podría haber conocido, por ejemplo, muchos trabajos de Costa; pero también es preciso saber cuál es su influencia en Costa. Ya indicamos los pasajes del *colectivismo agrario* en que eso se verifica y la afirmación de Le Gentil, que veía en el *Quadro* un esbozo de la gran obra del autor español. Pueden plantearse otras cuestiones: la de la relación entre *política hidráulica y fomento rural*, y sobre todo, la de la semejanza entre las dos concepciones de acción política que los dos reformadores aplicaron cuando intentaban realizar sus proyectos. El portugués se unió, por táctica, al Partido Progresista y el español, por razones idénticas, a la Unión Republicana. Uno y otro creyeron en la posibilidad de una revolución económica dentro del cuadro del sistema político tradicional. *La revolución desde el poder* de que habla Costa después del drama de 1898 ¿no fue acaso la que procuró Oliveira Martins en 1891, cuando, en plena crisis nacional, entró en el Gobierno? ¿No creían los dos hombres, por un momento, que un joven rey, Carlos I o Alfonso XIII, sería el instrumento de esta revolución? Y esta idea ¿no resulta de una idéntica concepción del papel de dos grandes hombres en la historia? Porque el cesarismo de Oliveira Martins y, destacadamente, su

admiración por Bismarck aparecen en Costa, autor de una obra con un título característico: *Tutela de pueblos en la historia*. En *Civilização Ibérica*, Oliveira Martins explicaba que la democracia peninsular se manifestaba en los momentos decisivos por «héroes» que muchas veces fueron reyes. Joaquín Costa parece aplicar esta teoría cuando exalta el papel de la reina Isabel a fines del siglo XV y lo da como ejemplo a seguir para una regeneración de España brillantemente conseguida.¹²⁹

Este esbozo de una comparación entre las dos grandes figuras peninsulares nos aleja de nuestro tema,¹³⁰ que tenía como fin, principalmente, subrayar el interés de las divergencias, mostrando sin embargo las semejanzas. En Oliveira Martins el colectivismo agrario es asunto de reflexión, un elemento no despreciable que es preciso tener en cuenta dentro de una teoría general de la evolución social. Pero nada más. Ninguna consecuencia práctica parece sacarse de la teoría en sí misma.

El pensamiento de Oliveira Martins se mostraba, mientras tanto, susceptible de renovar los estudios agrarios, de dar nacimiento a una corriente hasta entonces en dificultades para manifestarse. Fácilmente se demuestra que fue así.

III. VERDADERO NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LOS ESTUDIOS SOBRE LAS COMUNIDADES RURALES

1

Mientras que la etnología estricta, basada no en el folklore y la filología, continuaba por lo demás brillantemente su camino, surgieron otras preocupaciones, otros trabajos. Sólo citar tres nombres: Gerardo Pery, Alberto Sampaio y Rocha Peixoto.

La obra de Gerardo Pery muestra directamente la influencia de Oliveira Martins. Lo mínimo que se puede decir es el testimonio, en todo caso, el efecto que el movimiento intelectual del que es expresión, tuvo sobre los espíritus cultos y curiosos de 1880. Gerardo Pery era oficial de ingeniería y, como tal, fue encargado de trabajos geodésicos, cartográficos y hasta estadísticos. Después de haber dirigido en 1875, una obra muy útil (*Geographia e Estadística Geral de Portugal e Colónias—com um atlas*), acometió un prodigioso trabajo de documentación agrícola en el Alentejo. Bajo su orientación fueron diseñados mapas a color de los suelos y de las producciones de varios concejos del Baixo Alentejo.¹³¹ Fueron elaborados cuadros como la lista y la superficie de las explotaciones, el repartimiento de superficies cultivadas, el precio de coste de esos diversos cultivos. Claramente entusiasmado por estos estudios, Pery se interesó cada vez más por el pasado de la región. En la *Estadística de Cuba* declara que es indispensable para

un conocimiento serio de las condiciones agrícolas, un estudio científico de la historia económica, social y demográfica de las regiones consideradas.

Esta convicción le llevó a proceder a búsquedas en los archivos locales, llegando a anunciar la intención de publicar una síntesis válida para la mayor parte del distrito de Beja.¹³² Esta obra nunca apareció, pero los estudios locales de Pery están repletos de anotaciones históricas, de citas de textos antiguos. Se encuentran, incluso, publicados en apéndice documentos importantes. Sus estudios posibilitan, por lo tanto, conocer algo más que la situación agrícola a fines del siglo XIX. La suma de informaciones agrarias así reunida, en la que provechosamente se puede encontrar respuesta a cuestiones de historia económica planteadas por la provincia, algunas de capital interés. Son las que facilitan el conocimiento y la comprensión de un problema todavía muy oscuro: el colectivismo agrario en el Alentejo.^{***}

El caso de Alberto Sampaio y de Rocha Peixoto es bastante diferente del de Pery, y no sólo porque éstos se interesaran por las regiones septentrionales, sino también porque deben estar ligados directamente a Oliveira Martins. Sus nombres se encuentran, efectivamente, en la lista de colaboradores de que se rodeó en 1885, cuando dirigió los periódicos *A Província* y en 188 el *Repórter*.¹³³ Cuando en 1889, Rocha Peixoto lanzó, con un equipo de jóvenes entre los que se encontraban Ricardo Severo y Basilio Teles, una revista que buscaba el estilo nuevo, le dio el título de *Revista de Ciências Naturais e Sociais*.¹³⁴ Alberto Sampaio publicó allí, en 1895, un fragmento de *As Vilas do Norte de Portugal*.¹³⁵

Alberto Sampaio es, sin discusión, una de las mayores personalidades del siglo XIX portugués. Su nombre es poco conocido en el extranjero, olvidado por los especialistas de la literatura, que no lo consideraban de los suyos, y muchas veces ignorado por los historiadores, que tienen tendencia a ver en la obra erudita de Gama Barros, o en la de Costa Lobo, lo que de válido escribió la escuela portuguesa del quicio finisecular. Mientras tanto, todos los que tuvieron necesidad de documentarse sobre el pasado de la región del Minho, y que conocieron sus trabajos, por ejemplo, los geógrafos contemporáneos, quedaron extraordinariamente impresionados por la capacidad y calidad de lo que escribió.¹³⁶

Nacido en 1841, en Guimarães, Alberto Sampaio estudió en Coimbra de 1858 a 1863. Formó parte, por consiguiente, de la famosa generación, y publicó, en 1896, en *In Memoriam*, recuerdos dedicados a Antero de Quental. Mantuvo excelentes relaciones con Oliveira Martins, a quien ayudó a preparar el *Fomento Rural*, y redactó en *A Província* varios artículos de elogio a algunas de sus obras. La 4ª *Edição da História de Portugal do Senhor Oliveira Martins* (28-XII-1886); el *Senhor Oliveira Martins e o Projecto de Lei sobre o Progreso Agrícola* (14, 16, 18, 23, 25 y 26 de mayo de 1887) y *Os Filhos de João I, de J. P. de Oliveira Martins* (16-VII-1891). Este último es particularmente conmovedor porque Alberto Sampaio evoca en él los esfuerzos y las desilusiones del hombre que admira.¹³⁷

El espíritu de Oliveira Martins vive en él. La misma concepción de historia nacional, la misma apreciación de los defectos de la estructura económica y social, la misma voluntad de reaccionar para darles solución, se encuentra en los dos hombres y no hay duda de que Oliveira Martins influenció a Sampaio. En el artículo del que acabamos de hablar encontramos la siguiente opinión:

De su crítica resultó, además, una nueva comprensión de la existencia social portuguesa; y tales haces de luz lanzó sobre la interpretación de diversos periodos y acontecimientos, que jamás nadie dejará de leer sus libros, si quiere hacerse una idea justa del modo de ser de los habitantes de este rincón del mundo.

Pero en Sampaio había menos ambición intelectual.¹³⁸ No buscaba montar grandes construcciones sintéticas del género de la *Biblioteca das Ciências Sociais*. Su temperamento era mucho más prudente. «Era», dice curiosamente Luís de Magalhães, «un escritor a la *antigua*, una especie de benedictino trabajando pacientemente en sus obras».¹³⁹ Dedicó su vida a estudios regionales, pero, combinando la calidad de su trabajo benedictino a la largueza de vista de un espíritu próximo al de Oliveira Martins, llegó a resultados notables, que le convierten en maestro en historia agraria.

Los asuntos en los que se ocupó son en sí mismos reveladores de sus tendencias. En 1887 publicó en la *Revista de Guimarães* los «Estudios de economía rural do Minho»,¹⁴⁰ que fueron después retomados bajo el título de «Propiedade e agricultura no Minho». Mucho más conocida es su obra *As Vilas do Norte de Portugal*, volumen de 250 páginas, en que estudia la población del Minho desde los orígenes hasta el siglo XII, y que le dio notoriedad. Cítese, en fin, su último trabajo «Os centros urbanos da costa setentrional» (*As Póvoas Marítimas*).

Sampaio conocía admirablemente la agricultura y la vida rural de su provincia. Después de haber terminado los estudios de Derecho, y viajado un poco, se retiró a su propiedad en la zona de Minho, de cuya administración se ocupó cuidadosamente.

Ese bachiller en Derecho, con gustos literarios, se hace a sí mismo agrónomo, y más especialmente, viticultor y enólogo distinguidísimo.¹⁴¹

Adquirió, de este modo, una competencia que la influencia del movimiento intelectual de su época hizo muy grande. Podemos juzgarlo por el sumario de sus *Estudios de Economía Rural do Minho*, que haríamos mal en despreciar por haber sido retomados en una obra posterior:¹⁴²

- 1) La tierra, el clima, los hombres, la Administración pública.
- 2) El cultivo del bosque.
- 3) La apropiación de la tierra y las clases que constituyen la población campesina.
- 4) El ganado.

Son meritorios los esfuerzos que hace para informarse de las condiciones físicas. La historia agraria comenzó a atraerle poco a poco, sobre todo después de los descubrimientos arqueológicos hechos a partir de 1875 por uno de sus compatriotas y amigo, Martins Sarmiento, que encontró el castro de la Citânia, a 15 kilómetros al nor-noroeste de Guimarães, y que reveló toda una civilización prerromana hasta entonces desconocida. La repercusión del descubrimiento fue considerable cuando, en 1880, los participantes del Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Pre-Históricas visitaron el lugar.¹⁴³ Desde esa altura una enorme pasión arrastró a los eruditos locales hacia el estudio del problema de los orígenes. Sampaio se interesó mucho especialmente por el estudio de una sociedad rural y de una economía agrícola cuya estabilidad, mantenida durante siglos, le fascinaba.¹⁴⁴ Para llevar a buen término este trabajo, supo aplicar admirablemente las diversas ciencias cuya utilización simultánea era necesaria. No se le escapaba la importancia de la filología. Gran parte de su trabajo se asienta en estudios del vocabulario. El capítulo VIII de *As Vilas do Norte de Portugal* surge así resumido en el sumario: *As glebas e plantas cultivadas: Glebas — terras irrup-tas ou bárbaras, bustelos, bauzas, bouças, saltus, soutos, terrenos de bravio. Campo, cortinha, quintal, pratis, pascuis, padulibus, prados, lameiros. Varzena, várzea, varge ou barge, agro, agra, agrelo, agrela. Leira, larea, etc.*— Procuró obtener su documentación medieval en las colecciones de fuentes directamente, es decir, en los *Portugaliae Monumenta Historica* y en las *Inquirições*. La bibliografía es notable. Incluye, en especial, grandes autores alemanes, como Marquardt. Dedicó una larga recensión al libro de Schulten sobre *Numantia* (1906) y una crónica, en francés, al libro de C. Boulanger *Le Droit de Marché*, publicado en 1906.¹⁴⁵ Le suscitó la atención la analogía de esta costumbre de la picardía con la enfiteusis portuguesa. La conclusión testimonia su estado de espíritu:

... El señor Boulanger realizó un trabajo precioso para la historia comparada de la propiedad agraria.

Más que historiador, Sampaio fue, sin embargo, un gran espíritu que demostró en su obra lo que puede ser, lo que tiene que ser, la unidad de las ciencias humanas. Y tuvo el mérito de escribir, modestamente, para un pequeño grupo de amigos, persuadido de que sus trabajos no interesaban al gran público, ni siquiera al culto. Del prólogo de *As Vilas do Norte de Portugal* tomamos estas líneas:

Es superfluo encarecer la importancia de las cuestiones que se ventilan en este trabajo; el autor cree, sin embargo, que a pocos lectores agrada una historia sin personajes, faltándole el atractivo que nace del drama de las pasiones y del juego de los intereses; él, sin embargo, se dará por satisfecho si los entendidos lo juzgasen de algún valor, por pequeño que sea, para el conocimiento de los orígenes; si de los elementos que recogió salió un esbozo, aunque rudo, del establecimiento de la propiedad y el sistema de cultivo del Norte del país; y si, en fin, consigue de esta manera alargar un poco nuestro horizonte histórico.

En realidad, el nombre de este portugués merece situarse al lado de los pioneros alemanes, ingleses y franceses de la historia agraria y de la historia social.

El colectivismo agrario está, evidentemente, presente en una obra tan rica. Alberto Sampaio menciona la explotación pastoral y comunitaria del Alto Minho. Describe la utilización de los baldíos, y nos da preciosas informaciones sobre su declinar en el siglo XIX. Eso ya es mucho, sin duda. Pero queríamos también señalar una contribución que nos parece muy original y que, según lo que sabemos, todavía no ha sido revelada.

Nos referimos a la descripción que hace de las *agras*^{****} del Minho. Oliveira Martins ya se refería a ellas, pero muy resumidamente, y hasta con inexactitud. «Otros ejemplos se podrían ahora aducir de cultivo colectivo, v. g., las *agras* de Santo Tirso y de otros puntos del Minho», escribe en un pasaje del *Quadro das Instituições Primitivas*.¹⁴⁶ Gracias a Sampaio se puede hablar con exactitud. En efecto, no se trata de cultivo colectivo. Las *agras* son espacios bastante vastos, cerrados y divididos en parcelas paralelas. «Allí se cultivan cereales», nos dice Sampaio, «y se utilizan los principios de hojas obligatorias y de pasto común». Este caso despierta una gran atención a los especialistas de historia y geografía agrarias. El contraste entre las *agras* y el paisaje dominante del Minho, que es, en las zonas cultivadas, bastante cerrado e individualista, permite comparaciones del más vivo interés. Estos campos abiertos (*openfields*), minúsculos, fueron estudiados en gran número de regiones, en particular en Bretaña y en las islas Británicas.¹⁴⁷ La tesis de Pierre Flatrès permite elevar el debate desde el título *Géographie agraire de quatre contrées celtiques: Irlande, Galles, Cornwall et Man*. Las conclusiones del autor, posteriormente retomadas en forma de artículo,¹⁴⁸ generalizan todavía más. Según él, existe un «complejo rural atlántico» que es posible definir poniendo uno junto a otro los paisajes de Escandinavia, del Noroeste alemán, de los países célticos, del Noroeste ibérico:

Las estructuras que estudiamos en los países célticos y que encontramos en las descripciones de los autores noruegos, parecen también existir en el Noroeste de Alemania y el Noroeste ibérico. Son necesarios numerosos estudios para tener una visión completa y exacta.¹⁴⁹

Las *agras* del Minho hasta aquí desconocidas por los especialistas,¹⁵⁰ han ganado enorme interés. Debemos, por ello, estar reconocidos a Alberto Sampaio.

Rocha Peixoto no tuvo la misma envergadura. Será más justo decir que no tuvo tiempo para ello, puesto que murió en 1909, con 41 años. Unido a Sampaio (28 años mayor) desde la época de Oliveira Martins, continuó manteniendo excelentes relaciones con él. Los dos participaron en una empresa de grandes esperanzas y que tuvo gran mérito: la publicación en Oporto de la revista *Portugalia*, fundada por Ricardo Severo. El nacimiento de esta publicación fue una de las razones, como dice Luís de Magalhães, que llevaron a Alberto Sampaio, en la parte final de su vida, a hacer frecuentes estancias en Oporto.¹⁵¹

A la muerte, en 1899, de su hermano comenzó a pasar largas temporadas en Oporto. Tenía allí grandes amistades. Tenía otro centro de estudios (Luís de Magalhães acababa de referirse a Guimarães), que era el de *Portugalia*, la espléndida revista de Ricardo Severo y Rocha Peixoto, a quien tanto debe la arqueología portuguesa.

El subtítulo, por otra parte, era «Materiais para o estudo do povo português». Encontramos, pues, la corriente sociológica de que tantas veces hablamos. Pero con Rocha Peixoto se adquiere conciencia de colectivismo agrario porque procuró no despreciar ningún aspecto de la vida rural. Esta etnología es descriptiva, poco sociológica en cuanto al espíritu, pero no queriendo marginar el hecho social en la medida en que reúne informaciones sobre las supervivencias comunitarias. «As sobrevivências comunitárias em Portugal» es, por otra parte, el título de un artículo de Rocha Peixoto, publicado en francés en una antología vendida al público con ocasión de la exposición de 1900 (*Le Portugal au point de vue agricole*). Pero su mejor estudio es ciertamente aquel que sobre el mismo asunto publicó en *Notas sobre Portugal*, en 1908.¹⁵² Los ejemplos presentados se refieren sólo a las provincias septentrionales, que el naturalista de Oporto conocía particularmente bien.¹⁵³ Recuérdese, con todo, que su desaparición prematura interrumpió probablemente una orientación que claramente se estaba formando.

Rocha Peixoto tuvo el mérito de ser pionero de estas investigaciones. Anuló los trabajos de Tude de Sousa sobre las poblaciones del Gerês.¹⁵⁴ A un gran erudito de Trás-os-Montes le pidió un artículo sobre el Rio de Onor.¹⁵⁵ Y, en fin, entre los colaboradores de la revista *Portugalia*, que se dejó de publicar en 1908, apenas con dos tomos, se encuentra Silva Picão, autor de notables estudios sobre la etnología del Alto Alentejo¹⁵⁶ y que tiene en cuenta todos los aspectos de la vida rural.

De este modo que, gracias sobre todo a Rocha Peixoto, en vísperas de la primera guerra mundial, los estudios sobre el colectivismo agrario comenzaban a tomar cuerpo. Queda por ver en que medida influenciaron los trabajos de los reformadores.

2

Como si la *Circulação Fiduciária* y el *Fomento Rural*, de Oliveira Martins, hubiesen dado la señal, el análisis de la economía nacional se hizo a fines de siglo mucho más serio. Se buscaba con más ahínco y más competencia que antes, el origen de una crisis que se consideraba grave. En este examen crítico, el *problema agrícola* apareció muy naturalmente en primer plano. Basilio Teles publicó, en 1899, un volumen con ese título. Anselmo de Andrade publicó, en 1902, su *Portugal Económico*; Lino Neto *A Questão Agrária*, en 1908; en 1913, Ezequiel de Campos *A Conservação da Riqueza Nacional*, y Emilio da Silva, en 1917, *Emigração Portuguesa*. Recuérdese también que, algunos años antes de la primera

guerra mundial, la *Science sociale*, o sea, una escuela derivada de Le Play, tuvo en Portugal un relativo éxito. El *Portugal inconnu*, de Léon Poinard, datado en 1910, resultó de una encuesta realizada por el autor en 1909 a invitación de una sociedad portuguesa adepta a su doctrina. Encuesta rápida, muy rápida, escribió el que más tarde fue su sucesor, Paul Descamps. Y explica la razón:

Desgraciadamente se quería un resultado inmediato porque desde hacía mucho el país sufría de un mal endémico que había prisa en curar.¹⁵⁷

La convicción de que el camino del progreso económico pasaba por la abolición de la monarquía tuvo gran importancia en los orígenes de la revolución republicana.

Nadie contestaba, muy al contrario, que ese progreso exigía una reforma agraria. Se deploraba la población excesiva del Norte, origen de la emigración, y había indignación contra la extensión de tierras incultas del Sur, sin que se percibiese que tenía que surgir una importante mudanza. La responsabilidad de los grandes propietarios era muchas veces señalada, pero las soluciones propuestas eran poco revolucionarias. Basilio Teles escribía:

No vemos necesidad alguna de reclamar, al menos por ahora, la expropiación del latifundio.¹⁵⁸

Para él, los dos problemas clave de la agricultura portuguesa estaban en el crédito y el impuesto. Rechaza, por lo demás brutalmente, cualquier solución colectivista:

El comunismo agrario es una fase primitiva, esencialmente bárbara, de la civilización humana, y apenas compatible con la vida pastoril. Es por eso por lo que nosotros, y por lo que toda Europa yo creo, se ha retraído de las llanuras y de los valles para recogerse hacia su patria original, elevándose de nuevo en los cabezos y en las llanuras, ásperos, pobres, silenciosos, pero libérrimos, de las montañas y cordilleras. El Barroso... es nuestra región típica del pastor, del ganado baldío.¹⁵⁹

La principal crítica social que hace a la gran propiedad alentejana es la de haber impedido «irremediablemente la formación en el Sur de una pequeña burguesía rural, propietaria y laboriosa».¹⁶⁰ Ezequiel de Campos, que, después de la proclamación de la República, insistió continuamente en la necesidad de una reforma agraria, profesaba ideas análogas y las palabras que emplea son casi idénticas:

Es preciso —escribe— crear en la Beira Baja y en el Alentejo una burguesía campesina, económica y políticamente valiosa.

Y más adelante:

Las luchas liberales dieron la carta de libertad al hombre y a la tierra; y no tenemos ahora que retroceder algunos siglos reviviendo la enfiteusis. Menos todavía podemos,

por cualquier tentativa socialista, regresar a la bárbara vida comunal, incapaz de albergar a tanta población y compatible apenas con la vida pastoril.¹⁶¹

Es evidente que los republicanos no tenían ninguna simpatía hacia el «colectivismo agrario». Al igual que Oliveira Martins, sólo plantean la expropiación en el campo en los casos de tierras incultas, y desean la creación de «lotes familiares». Ezequiel de Campos, presentó, en 1911, un proyecto de ley en ese sentido.¹⁶² De creerle, también gran parte de los espíritus más avanzados, que llama «sindicalistas», mostraban en materia agraria una actitud prudente:

La revuelta de nuestros sindicalistas más lúcidos no es de ningún modo contra la propiedad de la tierra, sino contra la propiedad por tan pocos.¹⁶³

¿Será preciso concluir que, en vísperas de 1914, no hay testimonios (salvo los socialistas extremistas) de la influencia del pensamiento de Joaquín Costa o de la corriente que representa?

A primera vista existe en el movimiento portugués de que hablamos algo que lleva a pensar en el gran aragonés: es la preocupación por una «política hidráulica». Se escribió mucho sobre el asunto.¹⁶⁴ La influencia española es posible, incluso probable. Pero el nombre de Costa nunca aparece. Aún más, un hombre tan bien informado como Emídio da Silva lo olvida en un pasaje en que su cita vendría muy a propósito. Refiriéndose a las soluciones posibles del problema rural, afirma que la *hidráulica agrícola* tiene en ese terreno un lugar primordial y añade:

El señor Sertório do Monte Pereira llegó incluso a decir que en ella residía el problema nacional y si nos transportamos al vecino reino no es difícil verificar la importancia dada a esta cuestión máxima, constituyéndose en manos del señor Gasset toda una llamada *política hidráulica*.¹⁶⁵

¿Hablar de *política hidráulica* en la Península sin mencionar a Costa no es sorprendente? ¿Habrá, pues, tan pocas relaciones intelectuales entre los dos países?

No, felizmente no es así. Costa tuvo, en Portugal por lo menos, un admirador cualificado, Lino Neto. Emídio da Silva, algunas páginas después del pasaje que citamos, escribió:

La colectivización parcial del suelo, según la fórmula propuesta por Lino Neto, no constituyó un medio adecuado...¹⁶⁶

«Colectivização parcial da terra» tal es, en efecto, el título del capítulo principal de *A Questão Agrária*. Es preciso, según Lino Neto, corregir la desigualdad de las riquezas y ayudar a los más necesitados. Para ello convendrá dejar a disposición de los «cuerpos administrativos» (o sea, municipalidades y parroquias) las tierras a las que darán el debido destino. El arrendamiento, la redistribución periódica, son los medios considerados.¹⁶⁷ También lamenta la desaparición de los bal-

díos y otras propiedades colectivas y condena los excesos de la legislación liberal: la desamortización se volvió contra los pobres.¹⁶⁸ Esta concepción de reforma agraria le parece típicamente ibérica, pues está alejada tanto del colectivismo integral como del individualismo absoluto:

Tan importante es el número de los escritores portugueses y españoles que sustentan la convivencia de la colectivización parcial del suelo, que la escuela respectiva bien cabría denominarse *ibérica* (p. 261). La doctrina, añade, no tiene base teórica, no se encuentra elaborada científicamente. Es una interpretación más o menos ligera de los hechos, de una práctica observada directamente.

Aquí se reconoce el propio pensamiento de Costa y no es de extrañar que, más adelante, su nombre sea invocado.¹⁶⁹ Por cierto que no es la primera vez que Lino Neto declara inspirarse en aquel a quien llama «el ilustre sociólogo del reino vecino».¹⁷⁰ Ya le cita en una obra anterior no relacionada directamente con el problema agrícola:

... el *Colectivismo Agrário em Espanha*, de Joaquín Costa, marca en la literatura peninsular como una una de las más características señales de revivencia moderna del municipalismo medieval.¹⁷¹

A su entender, Costa venía a renovar a Herculano.

Si Lino Neto alude a autores españoles y portugueses que justifican la doctrina, la verdad obliga a decir que la «tradición portuguesa» en la materia se nota poco en su libro. El único economista mencionado es José Inácio da Costa y es probable que Lino Neto haya encontrado su nombre en el *Colectivismo Agrário*.¹⁷² Por el contrario, se encuentra en *A Questão Agrária* una documentación de gran valor sobre las propiedades comunales del Alto Alentejo que existían todavía (o acababan de desaparecer) y cuya explotación era (o había sido) comunitaria. Como se ve, la analogía con Costa es palmaria. De que Lino Neto tuvo simpatía por estas supervivencias tenemos de ello una prueba muy interesante. En efecto, defendió por dos veces al «pueblo de Barbacena» en el conflicto que le oponía al gran propietario local. El conde de Barbacena quería acabar con el derecho secular que tenían los habitantes de la aldea de dividir una de sus heredades. Lino Neto puso al servicio de los habitantes su convicción social, y su competencia jurídica.¹⁷³ Si a alguien, en verdad, se puede llamar el Costa portugués es a él, sólo a él.

Una anotación curiosa parece imponerse. Es que Lino Neto no pertenece a la gran familia republicana de la época. Sus simpatías van más bien al lado del catolicismo social. Cuando procura definir una corriente doctrinal que, en el principio del siglo XX, estuviese en el camino que deseaba, la cita más característica que hace es la siguiente:

... el segundo congreso de las agremiaciones populares católicas, reunido en Oporto el 9 de julio de 1907, asentó entre sus conclusiones la de la urgencia de conservarse

«los baldíos y otras propiedades colectivas, usufructuados de forma que aseguren el máximo provecho del pueblo.»¹⁷⁴

¿No es sorprendente que el catolicismo social haya sido más sensible que los republicanos a una tendencia incomparablemente menos pequeña burguesa?

3

Juzgamos que después de la primera guerra mundial el pensamiento agrario de Lino Neto no tuvo muchos cultivadores. El «colectivismo agrario» como doctrina social no tuvo influencia. En contrapartida, los estudios sobre las comunidades rurales se impusieron. Sin duda que la desaparición de Rocha Peixoto dejó un vacío que llevó tiempo recuperar. Pero, hacia los años treinta, la obra que esbozara toma una forma más definida. Eso se debe, esencialmente, al desarrollo de la geografía y al nuevo aspecto que tomó la etnología.

La geografía portuguesa tardó en aparecer. El primer trabajo importante, el que marca su nacimiento (*A Bacia o Vouga*, de Amorim Girão), data de 1922. Sus progresos iban a llamar la atención sobre la vida campesina, ahora considerada como una curiosidad más científica.¹⁷⁵ Y eso es lo que se nota en 1932, cuando se publica *Alto Trás-os-Montes*, obra de un joven geógrafo, Virgilio Taborda, también, como Rocha Peixoto, prematuramente desaparecido. Su estudio constituye un modelo de geografía regional y de ahí su éxito. Virgilio Taborda supo, en efecto, reunir y dominar una documentación muy completa, en la que, codo a codo, aparecen los acontecimientos de geografía, de climatología, de filología y de historia.¹⁷⁶ Puesto que Trás-os-Montes es provincia en la que las supervivencias colectivistas son particularmente notables, no es de extrañar el lugar que ocupan en su obra las comunidades rurales. El capítulo VIII, «Propiedad y explotación del suelo», marca un hito. Una cita, que extractamos de su comienzo, para comprender por qué:

En el Alto Trás-os-Montes la propiedad comunitaria ocupa todavía una extensión considerable, al lado de la propiedad individual, en su mayoría de pequeña superficie y fragmentada.

También en 1932 se publicaba otra obra capital, cuyo autor fue el gran geógrafo alemán Herman Lautensach. Constituyó el primer volumen de una geografía de Portugal, cuyo segundo volumen surgió en 1937, y que permanece como trabajo fundamental.¹⁷⁷ En el capítulo denominado «Fundamentos históricos y psicológicos de la geografía humana portuguesa» se encuentran referencias a lo que el autor llama trazos de un sistema agrario colectivista (*Kollektivistischer Agrarverfassung*). La aproximación entre los ibéricos y los cábilas, ya hecha por Oliveira Martins, también se encuentra ahí, sacada, por lo demás, de Gonzalo de Reparaz.

En los años que siguen son de destacar los trabajos de Amorim Girão y, sobre todo, de Orlando Ribeiro. Se debe al primero, además «de la primera geografía desarrollada de Portugal escrita por un autor portugués» (1942), un estudio sobre la sierra de Montemuro, «la más conocida de las sierras portuguesas» (1940). En cuanto a Orlando Ribeiro, procuró, consiguiéndolo brillantemente, introducir en los estudios de geografía humana en Portugal un espíritu nuevo que, manifiestamente, debe mucho a Albert Demangeon y a Marc Bloch. Es lo que muestra, por ejemplo, la comunicación hecha al congreso de Amsterdam, en 1938 (*L'habitat rural au Portugal*). En 1940, en una conferencia realizada en la Asociación de los Geógrafos Franceses, abordaba directamente el asunto que nos interesa. Efectivamente, el título era «Villages et communautés rurales au Portugal» y Orlando Ribeiro analizaba las relaciones entre el *habitat* aglomerado y las tradiciones comunitarias. Otros artículos sobre la sierra de Estrella y, sobre todo, la Beira Baja revelaban aspectos del paisaje rural portugués hasta entonces desconocidos del mundo científico, aportando así hechos indispensables para el estudio comparado de las civilizaciones agrarias. Sólo es de lamentar que Marc Bloch, siempre a la búsqueda de datos de esta naturaleza, no hubiera podido utilizarlos por causa de la guerra. Nos hubiera gustado haber tenido de él una de esas penetrantes y ricas recensiones que tanto contribuían a la historia y geografía agrarias. El asunto tiene realmente importancia: se trata de la existencia de un sistema análogo al campo abierto (*openfield*) nórdico en una región mediterránea, profundamente romanizada.

En el momento en que la geografía comenzaba a progresar se publicaba en París un libro que sería injusto olvidar: *Le Portugal—La vie sociale actuelle*, del belga Paul Descamps.¹⁷⁸ El autor era un sociólogo conocido desde hace mucho por sus trabajos sobre Inglaterra, y por un *Cours de méthode de science sociale*.

Asistimos, por tanto, a la reaparición del movimiento que ya se manifestara antes de la guerra de 1914. En 1918, se fundó en Oporto una Sociedad Portuguesa de Ciencia Social. Las circunstancias políticas sin duda explican que un representante eminente de esta tendencia haya sido invitado a enseñar en Coimbra desde 1930.¹⁷⁹ Fue la oportunidad de Descamps de organizar numerosas encuestas locales. Pensó construir una especie de sociología de Portugal «sobre el terreno, tal como los antropogeógrafos».¹⁸⁰ No dudó en recoger informaciones de toda clase:

Tuve que hacer de economista, de folklorista o de antropogeógrafo.¹⁸¹

Dada la importancia de la vida rural en Portugal, era de esperar muchas informaciones sobre las comunidades rurales en su libro. Pero se queda uno bastante desilusionado. A pesar de la gran cantidad de monografías utilizadas, hay pocas informaciones nuevas. Sin embargo, Descamps conocía perfectamente el problema. Las primeras páginas de la obra son dedicadas a las poblaciones semi pastorales de tipo duro del Norte y comienza por líneas que recuerdan la obra de Rocha

Peixoto. Hay, incluso, en este capítulo, dos descripciones de los «talleres comunitarios» en las sierras del Barroso y de la Cabreira. Del Sur del país no aparece prácticamente nada. Es de notar, con todo, un pasaje breve pero interesante, alusión probable a hechos poco conocidos pero que nosotros mismos pudimos verificar.¹⁸²

Es preciso decir que el agrupamiento que interesa por encima de todo a Descamps es la familia. En esto no hay nada de sorprendente, puesto que él se afilia a una escuela derivada de Le Play. Pero no podemos dejar de pensar que, al atribuirle una importancia demasiado exclusiva, Descamps fue llevado a olvidar aspectos muy importantes de la vida campesina. Es de lamentar, pero no por eso se debe dejar de consultar su libro. No importa que la documentación recogida sea desigual, a veces curiosamente ingenua, porque es de una riqueza admirable. Ahí podemos siempre encontrar una información de gran valor, susceptible de cubrir una embarazosa laguna. Por supuesto que Paul Descamps no trabajó en vano, pero es de lamentar que no haya hecho escuela.

La sociología portuguesa no se mantendría después de sus intentos. En realidad, la sociología agraria va a avanzar gracias a una renovación de la etnología.

Ésta, unida por lo demás a la erudición local, siempre viva en Portugal, continuará su camino tradicional.¹⁸³ Pero después de la última guerra se dio una reacción, debida esencialmente a J. Dias, que, después de haber sufrido la influencia de Leite de Vasconcelos, fue a estudiar a Munich, donde se doctoró, en 1944, en *Volkskunde* (Etnología). El ambiente extranjero en que se formó contribuyó en gran parte para hacer de él en Portugal el apóstol de una etnología más científica, más vasta y más ambiciosa. En 1946 establecía una distinción en un artículo titulado «Acerca del concepto de etnografía», según escribe Orlando Ribeiro, entre «la simple curiosidad de las cosas del pueblo... y el estudio objetivo de los temas populares».¹⁸⁴ No puede haber ciencia sin sistematización, sin un esfuerzo para constituir un cuerpo general de fenómenos sometidos a explicación y a interpretación. La etnografía portuguesa se convertía en un ramo de la etnografía general, siendo ésta (citamos a J. Dias) una «ciencia comparativa de culturas humanas».¹⁸⁵ Se trataba no tanto de encontrar el modo de exaltar la originalidad nacional, sino de contribuir con datos portugueses el conocimiento global de las civilizaciones, destacando sobre todo las semejanzas en vez de las diferencias.

La creación del Centro de Estudios de Etnografía Peninsular en Oporto permitió que J. Dias se dedicase a interesantes investigaciones.¹⁸⁶ Recordemos que es autor de dos monografías exhaustivas sobre dos aldeas comunitarias del Norte: *Vilarinho da Furna* y *Rio de Onor*.¹⁸⁷ La segunda de estas obras es particularmente importante. Efectivamente reúne abundante documentación sobre un caso excepcional:

Rio de Onor debe ser el caso más típico de organización comunitaria en Portugal. El conocimiento insuficiente que tengo de España no me permite hacer esa afirmación

relativa a la Península, pero es de creer que no haya hoy ninguna comunidad peninsular donde esa antigua organización se presente tan perfecta y vigorosa.¹⁸⁸

En el principio del libro se inserta un cuadro dedicado a las supervivencias comunitarias y a las consideraciones de conjunto sobre los orígenes de este tipo social. Las notas 1 a 26 de la introducción representan el mejor catálogo hecho sobre el asunto; el mejor medio, por consecuencia, de abordar el estudio.¹⁸⁹ Pasados veinte años fue dado, sin embargo, un gran paso al frente en el conocimiento del colectivismo agrario portugués. Los trabajos de Jorge Dias y de Orlando Ribeiro, llegados después de los de Oliveira Martins, Rocha Peixoto y Alberto Sampaio, resolvieron definitivamente los problemas.

CONCLUSIÓN

Pero hay mucho que hacer en este campo, lo que es de lamentar por varias razones. No es posible un conocimiento verdadero de las tradiciones populares portuguesas sin un examen de todas las costumbres que caracterizaban o caracterizan todavía a las comunidades rurales. Si es cierto que la investigación de las manifestaciones directas o indirectas del alma de un pueblo (psique) constituye, como decía Leite de Vasconcelos,¹⁹⁰ una obligación moral de que la Etnología es la expresión científica, ¿cómo no atribuir una importancia extrema a la organización social? La utilidad práctica de estos estudios no es, por lo demás, de despreciar. Para convencernos de ello vasta consultar los notables trabajos de la Junta de Colonización Interna. Los estudios de los baldíos (propiedades comunales) incluso, en ciertos casos, de propiedades sometidas a derechos colectivos, a que procedió con gran exactitud, tuvieron siempre por fin definir la mejor utilización del punto de vista de interés general. Ninguna descripción así conseguida habría sido válida sin una descripción pormenorizada del estado de cosas existente.

En el plano estrictamente científico, la necesidad de un mejor conocimiento del colectivismo agrario portugués nos parece, por otra parte, evidente. Lo que aquí está en causa no es tanto una investigación, tantas veces apasionada, de lo que expresa el alma popular portuguesa, sino la propia realidad de las características originales en la sociedad rural y en las tradiciones campesinas. El caso de Portugal no puede ser considerado aisladamente. Primero, ha de ser inscrito en el contexto de la península Ibérica. Un problema como el de las agras del Minho, por ejemplo, no puede ser seriamente analizado sin un estudio paralelo del paisaje y la historia agrarias de la vecina Galicia. La comparación, que apenas esbozamos, entre las doctrinas y los movimientos agrarios de los dos países merecería ser ahondada. Pero el caso portugués ha de ser también incluido en el conjunto de las civilizaciones agrarias mediterráneas y atlánticas. En Portugal se encuentran contrastes, a escala reducida, ya observados en otras regiones. Por consiguiente, sería provechoso estudiarlos localmente.¹⁹¹

Por nuestra parte, atribuimos particular importancia al colectivismo agrario meridional. Hace mucho tiempo que se abandonó el mito del individualismo mediterráneo. Pero falta determinar los caracteres, la extensión, las razones de los usos o de los sistemas comunitarios en esta parte de Europa, sin hablar ya de África del Norte. Siendo así, todo lo que se descubra en el Sur de Portugal, se trate del presente o del pasado, tiene una utilidad cierta. Las investigaciones sobre la vida rural en la Beira Baixa y en el Alentejo a fines del Antiguo Régimen, a las cuales hace años nos dedicamos, nos convencieron por completo de ello. Los resultados obtenidos, que publicamos en nuestra tesis principal, si ante todo interesan a la historia y la geografía agrarias portuguesas, interesan también, por lo menos así lo esperamos, al dominio más vasto del estudio de las civilizaciones.

NOTAS

- 1 *Colectivismo agrario en España*, p. 11. Citamos de la 2.^a edición, Buenos Aires, 1944.
- 2 La historia de estos estudios del siglo XIX fue escrita por Harold Peake, artículo «Village Community», en la *Encyclopedia of the Social Sciences*, t. 15, pp. 253-259, pero sin aludir a los países ibéricos. Max Sorre en el tomo II, vol. I, de sus *Fondements de la géographie humaine*, habla del «poderoso movimiento de ideas» suscitado por la teoría del comunitarismo primitivo (p. 74). Además de eso no olvida la Península (en p. 90 se refiere a Joaquín Costa y a Orlando Ribeiro).
- 3 *Op. cit.*, pp. 55-63, inversamente los españoles extendieron por su imperio las costumbres comunitarias que entre ellos había. Costa lo señala (p. 55). Pero lo que no sabía era que este colectivismo agrario español había influenciado en el siglo XIX al propio Henry George. Cf. Charles Albro Barker, *Henri George*, Nueva York, 1955 (caso de los *pueblos lands* de San Francisco en 1860).
- 4 Tal es la opinión de Léon Bourdon, Vitorino Magalhães Godinho, I. S. Révah, Luís de Matos. El único texto a citar sería un pasaje de la carta de Pero Vaz de Caminha: ... la primera descripción elogiosa de nuestro indio fue sin duda la que se encontraba en la carta de Caminha (Melo Franco, el *Indio Brasileiro e a Revolução Francesa —As Origens Brasileiras da Teoria da Bondade Natural*, Río, 1937, p. 34).
Pero se trata más de la bondad que del régimen social. Según Heron de Alencar valía la pena profundizar más en la obra de Manuel da Nóbrega.
- 5 António José Saraiva, *op. cit.*, pp. 595-597 y 616.
- 6 António José Saraiva, *op. cit.*, pp. 600-611. No se ve por qué Saraiva procura la distinción entre el ideal de la comunidad de bienes que aparece en la obra de João de Barros y los autores contemporáneos (p. 599). Los argumentos utilizados son muy oscuros.
- 7 Cf. C. R. da Costa. *Les communautés de villages à Goa*, Lisboa, 1892, 34 pp.
- 8 *Littérature portugaise*, p. 100. Raymond Cantel, perfecto conocedor de Antonio Vieira, es mucho menos afirmativo. A su entender, Vieira nada escribió que deje entrever preferencias por la propiedad colectiva y defiende a los indios, sin tener por ellos una admiración ciega.

- El mito del «buen salvaje» no existe, propiamente hablando, en su pensamiento.
- 9 Cf. las obras de Gilbert Chinard, Silvio Zavala, Melo Franco.
- 10 *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, 1954, pp. 505-571.
- 11 *Op. cit.*, pp. 505-507 y 566.
- 12 *Idem*, pp. 140-153.
- 13 «*Damnós ou utilidades dos pastos communs*». *Pastos communs* aplicase teóricamente tanto a las propiedades comunales como a las propiedades privadas sometidas a obligaciones de pasto común. Pero los especialistas en cuestiones agrarias emplean la expresión solamente en el segundo caso.
- 14 *Memórias Económicas*, t. V, pp. 63-93.
- 15 Cf. *Memórias de Francisco Manuel de Aragão Morato*, p. 63, Coimbra, 1933. Aragão Morato cita entre los trabajos que presentó una propuesta «sobre los pastos comunes» de 16 de diciembre de 1812. Encontramos este texto, que se aproxima mucho a la memoria de su hermano (cf. nota precedente).
- Sobre este asunto, véase nuestro *Problème agraire portugais*, p. 23.
- 16 *Memórias*, t. 10, pp. 253, 262 y 273.
- 17 *Memória sobre a População e a Agricultura de Portugal*, pp. 105 y ss., 1868.
- 18 *Memórias Económicas*, t. 1.
- 19 *Op. cit.*, pp. 150-153.
- 20 *Memórias Económicas*, pp. 329-330.
- 21 *Obras Completas*. Edición de António José Saraiva, t. II, pp. 169-177. El nombre del Padre Vieira es citado en la *Oração sétima*, pero con poca simpatía. Garção imagina a los auditores oírlo y anotar las palabras desconocidas, «porque no leyeron a Ferreira ni las encontraron en los sermones del Padre Vieira». *Id.*, p. 214. Vieira cayó en descrédito en el siglo XVII.
- 22 José Leite de Vasconcelos, *Etnografia Portuguesa*, t. I, 1933. Jorge Dias, *Bosquejo Histórico da Etnografia Portuguesa*, 1952.
- 23 Jorge Dias, p. 5.
- 24 Prefacio al *Romanceiro*, citado por Leite de Vasconcelos, p. 251.
- 25 *Opúsculos*, t. IV, ed. de 1901, p. 5.
- 26 *In Memoriam* (de Antero Quental).
- 27 *Idem*, p. 486.
- 28 Recuérdese que el introductor y propagandista del positivismo en Portugal fue Teófilo Braga. Cf. Mário Soares, *As Ideias Políticas e Sociais de Teófilo Braga*, Lisboa, 1950.
- 29 P. XXVII en el t. II (publicado en 1905), 2.^a parte, pp. 71 y ss., es estudiada la organización social de los lusitanos, pero se trata apenas de los grupos étnicos, de las tribus.
- 30 *Littérature Portugaise*, p. 151.
- 31 *Idem*, p. 145.
- 32 Joaquim de Carvalho, *Perspectivas da Literatura Portuguesa do Século XIX*, (Teófilo Braga), II, p. 41, 1948.
- 33 *Idem, Ibid.*, pp. 30-31.

- 34 Hacia 1860 varias obras alemanas estudian la literatura popular portuguesa. El res-
peto por la ciencia alemana impulsó, pues, la orientación de que hablamos.
- 35 «Pour une histoire des sciences de l'homme», *Diogène*, Enero de 1957, p. 112.
- 36 *Idem*.
- 37 Jorge Dias, *Ob. cit.*, p. 28.
- 38 *História de Portugal*, 1.^a edición, II, pp. 297-298.
- 39 Aparte del pasaje señalado (pp. 105 y ss.) existen otras alusiones al pasto común (pp. 259, 307 y 317). Rebelo da Silva cita decisiones legislativas. El único comentario es el siguiente:
- Los derechos de compartir el pasto databan de épocas muy antiguas y estaban subordinados a costumbres más o menos confusas, complicadas por excepciones (p. 259).
- Las alusiones son más frecuentes y exactas en los estudios de agrónomos, por lo demás siempre hostiles. S. B. Lima proporcionó informaciones interesantes sobre el Barroso en artículos sobre la crianza del ganado bovino de Trás-os-Montes. *Arquivo Rural*, II, pp. 6-10 y 36-39, 1859.
- 40 «Quelques sources d'Oliveira Martins», *Bulletin hispanique*, 1927, p. 255.
- 41 Prefacio a la 9.^a edición de *Civilização Ibérica*, p. XV, 1954.
- 42 *Teoria do Socialismo*, 1872, p. 70 de la edición de 1952. Este pasaje denota una influencia precoz del positivismo. Influencia muy perceptible:
- ... de revoluciones en revoluciones, las sociedades... se encaminan hacia un último estadio al que tanto se puede llamar positivo como crítico o científico (*Quadro das Instituições Primitivas*, p. 14).
- 43 *Taboas de Chronologia*, p. XI. Raul Leal, en su *Sociologia de Oliveira Martins*, Oporto, 1945, intentó mostrar comparaciones interesantes como Oliveira Martins anuncia el espíritu de Durkeim, de Simiand y hasta de Bergson (en este caso se trata de su teoría del «héroe»).
- 44 *Raças Humanas*, II, p. 97, según Le Gentil, autor de la traducción (artículo citado, p. 280).
- 45 P. XI de la 1.^a ed. No podemos olvidar lo que viene a continuación, mucho más discutible: al lado de estos casos de parálisis, de no evolución, habría casos de regresión:
- En periodos claramente históricos, la disolución de una sociedad, por anarquía o por conquista e invasión de los pueblos en un estado bárbaro, produce fenómenos propios de épocas pre o proto-históricas.
- 46 P. 100 de la 3.^a ed. C. P. 150.
- ... la Naturaleza hizo del mundo un museo, porque conserva codo a codo los tipos más antiguos y los más recientes.
- 47 Edición de 1952, p. 185.
- 48 Pp. 199 a 201.
- 49 P. 200.
- 50 P. 179. Todavía, a propósito de las comunidades medievales, alude a la «comunidad primitiva».
- 51 Edición de 1953, pp. 34, 175 y 185.
- 52 P. 177. [En español en el original (N. del T.).]

- 53 Pp. 43, 185 y 193.
- 54 Edición de 1953, pp. 87-142.
- 55 P. 90. Oliveira Martins juega un poco con las palabras. El comunitarismo no significa necesariamente poner en común las propiedades. Si es inconsciente, y aunque se encuentre ausente la noción de propiedad, es por eso más evidente.
- 56 Pp. 93-95. Oliveira Martins llama «colectivismo agrario» al régimen de las tribus nómadas.
- 57 P. 94. Este elogio a Montesquieu no impide que Oliveira Martins haya visto muy bien los límites del liberalismo de *Montesquieu et de son école*. En un pasaje dedicado a las asambleas patricias (pp. 247-248) se niega a ver en el *mallum germanico* la prueba de libertad política. «Estas asambleas no tienen nada que ver» —escribe— «con el moderno sistema representativo porque nada tiene de democrático. Fueron idealizadas porque entonces se vivía bajo la monarquía absoluta. Representan un liberalismo aristocrático».
- 58 P. 269.
- 59 P. 276.
- 60 Esta tendencia fue señalada desde hace mucho tiempo. Ya Silva Cordeiro notaba el peligro de esta capacidad de analogía:

De las dos operaciones capitales al talento del observador —sorprender analogías donde la inteligencia vulgar sólo nota diferencias superficiales y discriminar diferencias reales, profundas, bajo formas de una identidad aparente— Oliveira Martins, como pensador, tenía la primera dinamizada por el estudio en tal grado que la segunda se le atrofió (*A Crise em Seus Aspectos Morais*, p. 252, 1896).

António José Saraiva, por su parte, analizó muy bien este temperamento, mostrando su coincidencia con la filosofía de Platón y de Hegel, sus consecuencias sobre el arte del escritor («Tres ensayos sobre Oliveira Martins») en *Para a História da Cultura em Portugal*, 1946). Como prueba presentamos aquí una cita que nos parece significativa:

Así en la evolución ideal (que sólo racionalmente es verdadera, pues la *realidad jamás expresa la verdad de un modo positivo*). *Quadro*, p. 12. [El subrayado en cursiva es de Silbert].

- 61 Art. cit., p. 271.
- 62 *La Circulation Fiduciaire*, p. 224 de la ed. de 1923.
- 63 Reproducido en *Política e Economia Nacional*, 1885, pp. 89-101 de la ed. de 1954. Oliveira Martins cita la 2.^a ed. de 1883, la 1.^a era de 1881.
- 64 Pp. 89-90.
- 65 Convencer por la propaganda a las clases dirigentes, apelando a sus sentimientos cristianos.
- 66 El final del artículo no deja de tener interés. Oliveira Martins explica que los obreros han de comprender su incapacidad política, y por consiguiente, educarse lenta y sistemáticamente. Eso es una condición previa del socialismo, «pero para eso es menester también que encuentren apoyo en el Estado, protección, enseñanza. Por eso en las revoluciones que esperan a Europa más de una vez primarán las dictaduras monárquicas sobre las oligarquías republicanas de los capitalistas discípulos de Say. No vamos a evocar aquí el pensamiento de Oliveira Martins sobre el Estado, su concepción cesarista de la democracia o el papel político que tuvo en los últimos años

de su vida. Pero hemos de notar que en el momento que comienza su campaña «progresista» Oliveira Martins no duda en hacer un elogio discreto pero indiscutible de las «dictaduras monárquicas».

67 El argumento de Laveleye aparece ya citado en *Portugal e o Socialismo*, p. 175; en nuestra cita: *Política e Economia Nacional*, ed. de 1885, p. 79.

68 P. 22.

El señor Oliveira Martins que en su excelente libro... trazó un cuadro muy bien elaborado sobre las transformaciones de la propiedad...

69 Este caso no se encuentra en la 1.^a ed. del *Quadro*. Surge en la 2.^a ed., pp. 115-116, con nota de las referencias de Laveleye.

70 Este ejemplo, utilizado muchas veces (por ejemplo, en la *Introdução Geográfico-Sociológica à História de Portugal*, de António Sérgio, p. 87), fue contestado por Jorge Dias (*Rio de Onor*, p. 63), que cree que las informaciones de António Costa son de segunda mano y que la tendencia literaria del autor las podía haber deformado.

71 La expresión empleada es por así decir un poco extraña: «en la zona entre Andalucía y extremeña de la Mancha». *Quadro*, p. 116.

72 Cf. *Elucidário*, de Viterbo: Verb. «Atondo». El roturador puede cerrar y guardar para sí; no puede dar ni vender. Esta costumbre tiene alguna relación con la «sesmaria» en el sentido de que ésta establece un hilo entre la propiedad y su valoración.

73 Art. cit., p. 259. Las referencias a Laveleye y Joaquín Costa constituyen una prueba más de la calidad de trabajo y de la cultura del gran lusitanista que fue Le Gentil.

74 2.^a ed., pp. 220, 294, 303, 315, 320, 325-326, 328-329, 343 y 422.

75 Pp. 198, 253, 266, 290, 294, 326 y 331; cita una vez a Herculano, p. 339.

76 Es aquí donde Oliveira Martins da, entre sus informaciones, ejemplos peninsulares.

77 Orlando Ribeiro nos aconseja, de todos modos, prudencia en el artículo «Villages et Communautés Rurales au Portugal», *Biblos*, 1940, p. 417.

Se empleaba ya en época romana con el sentido de propiedad privada, cuyo origen habría sido probablemente el sorteo, en el que la apropiación era completa y definitiva. Parece, pues, que no nos podemos apoyar en la palabra «sorte», de empleo muy común en Portugal, en el sentido de pequeña propiedad, para sacar conclusiones en cuanto al origen de esta propiedad y menos todavía en cuanto a la costumbre de la redistribución periódica de los campos. En todo caso en las glebas sacadas a suerte la palabra conserva todavía el sentido primitivo.

Pero precisamente «sorte» se aplica corrientemente en nuestros días a la tierra atribuida en propiedad plena después de la partija de un pasto común. Anteriormente se aplicaba a la tierra puesta en explotación temporal.

78 P. 139. La ciudad es para Oliveira Martins un estadio político importante. Sucede al régimen de clan (y de propiedad colectiva). Al lado de los antiguos clanes (los patrios) están los aislados, los refugiados, los bastardos (los plebeyos). Así surge el individuo gracias al «debilitamiento político del principio de consanguinidad». Por otra parte, al mismo tiempo, aparece el Estado (pp. 225-234).

79 *Dispersos*, I, p. 172. Artículo de *A Provincia* de 14 de marzo de 1887.

80 *Quadro*, p. 297, «momentos de evolución».

81 *Quadro*, pp. 129-130.

82 *Idem*, p. 136, la «mano muerta» era para él un correctivo.

- 83 *Idem*, p. 138.
- 84 *Idem*, p. 138.
- 85 *Quadro*, p. 141. Se lee un poco más arriba, p. 140: «Así la civilización es un círculo». La idea de ciclo de la propiedad ya fue expresada en un breve pasaje de la *Teoria do Socialismo*, p. 259.
- 86 *Dispersos*, II, p. 38.
- 87 P. 304.
- 88 Por ejemplo, p. 142, y en la conclusión, p. 301.
- 89 *Quadro*, p. 217.
- 90 *Idem*, p. 142.
- 91 *Idem*, p. 142.
- 92 *Quadro*, p. 14. Pasaje a tener en cuenta cuando se estudia el pensamiento de Oliveira Martins sobre «heroísmo». Pero la concepción que allí encontramos no concuerda con otras. Los héroes pertenecen, en este caso, a una fase superada de la historia, como dice Oliveira Martins en otras ocasiones. En un artículo del 24 de enero de 1888, por ejemplo (*Dispersos*, pp. 206 y 207).
- Hoy Bismarck es en Europa el último de los tratadistas a la antigua: todos los demás obedecen a las corrientes fuertes, impersonales, casi físicas, de los movimientos de la sociedad. Con todo, el cesarismo es en Oliveira Martins una tendencia, una tentación permanente. Véase el fin de su vida (cf. nota 66).
- 93 P. 216.
- 94 P. 104.
- 95 Fuera del título, Oliveira Martins emplea sistemáticamente «Espanha» para la Península Ibérica.
- 96 Ed. de 1954, p. 317. La comparación geológica se explica evidentemente por la competencia de geólogo de nuestro autor. Cf. el comienzo del libro «Introdução. .I. O território».
- 97 P. 19.
- 98 Influencia evidente del «municipalismo» de Herculano. P. 20.
- 99 P. 21. Nótese que Oliveira Martins no utiliza las palabras portuguesas.
- 100 P. 21.
- 101 P. 21. Esta frase podría pertenecer a Laveleye.
- 102 P. 317.
- 103 La afirmación de Oliveira Martins (permanencia y vigor del espíritu democrático en España) es sorprendente. ¿No estará en contradicción con el individualismo, característica más conocida y más fácilmente admitida del carácter español? ¿Cómo explicar que el apogeo de la Península en el siglo XVI coincida con las monarquías absolutas? No podríamos olvidar estas contradicciones y debemos, por tanto, apuntarlas. La asociación del individualismo y del espíritu comunitario es precisamente para nuestro autor una característica original, hasta esencial, del temperamento peninsular. El individualismo ibérico es heico y no crítico, racional, intelectual. Apenas se encuentra la voluntad en un cuadro impuesto, disciplinado, que permita a los individuos proceder con las certezas necesarias, las del grupo que representa, y que expresa.

Los elementos primordiales del carácter nacional se distinguen por un espíritu de individualismo heroico, superior al de los hombres de todas las naciones de la Europa moderna (p. 206).

Dado que los héroes encarnan la colectividad, la monarquía española es casi espontáneamente un cesarismo.

Hay, por fin, en el siglo XVI, una monarquía absoluta..., pero el rey es un *césar* o un jefe de una democracia... (p. 24).

De este modo se explica la frase aparentemente absurda.

Este hecho social-histórico (se trata de la conquista romana), combinándose con el carácter de la raza, con la nobleza, el orgullo y la independencia personal, hace de la Península una democracia —bien militar, bien eclesiástica, bien monárquica, bien oligárquicamente gobernada (pp. 316-317).

Este temperamento, que como vimos, limitó más que cualquier otra cosa las consecuencias aristocráticas de las invasiones germánicas, explica por qué razón el feudalismo nunca se pudo verdaderamente implantar en España. Apoyándose en el colectivismo berebere, Oliveira Martins viene a renovar la tesis de Herculano, fundamentada en el municipalismo romano.

104 *Requerimento dos Poveiros*, pp. 195-207.

105 «O antigo Partido Patuleia», alusión a la revuelta popular de 1846, por lo menos, tan miguelista como democrática. Sobre la patuleia, debe consultarse el libro de Victor de Sá, *A Crise do Liberalismo* y el de Miriam Halpern Pereira, *Livre-Câmbio e Desenvolvimento Económico.— Portugal na Segunda Metade do Século XIX*, Lisboa, 1971. Ver también aquí, p. 100.

106 P. 25. Vemos cómo la adhesión al Partido Progresista representa la aplicación de la teoría de Oliveira Martins, sobre la tradición democrática ibérica, a los problemas de su tiempo.

107 P. 17. El progreso agrícola es innegable si comparamos el año de 1830 con el de 1880. Se trata de la crisis agrícola internacional, que también en Portugal llevará al proteccionismo. Oliveira Martins estaba por la protección arancelaria. La evolución agrícola de Portugal después de 1830 fue examinada brevemente en la introducción del libro *Le Portugal méditerranéen à la fin de l'ancien régime (XVIII^e- début du XIX^e siècle)*, París, 1966. El mejor estudio es el de Miriam Halpern Pereira en la obra antes mencionada.

108 No olvidemos que en esta época el Alentejo está todavía poco poblado. La idea de transferir la población continúa válida.

109 Pp. 241-260.

110 Oliveira Martins no alimentaba grandes ilusiones. Al principio de su discurso dice:

Comprendo la ansiedad de la cámara por entrar en otros asuntos que le parecen ser más de su simpatía; pero, permítaseme recordarle... (p. 3). Citamos la edición de 1887.

111 Tres variantes de las que sólo una es destacable al final, p. 61. Oliveira Martins elimina algunas palabras que señalaban que la fiscalización estorbaba la aplicación de procesos que permitirían evitar la división de las herencias.

112 Oliveira Martins da frecuentemente como ejemplo la obra francesa en Argelia y Túnez.

113 P. 49.

114 P. 51.

- 115 Artículo 65.º del proyecto, p. 107.
116 P. 51.
117 Cf. p. 253.
118 X.— *Os Proprietários e a Associação*, pp. 89-90; título II «Dos consórcios de proprietários», pp. 102-104.
119 Oliveira Martins invocó el ejemplo de los «consorcios de agua» del Miño, de la Lombardía y de las *huertas* españolas.
120 *Dispersos*, I, p. 21. *A Província*, 7 de septiembre de 1886.
121 *Portugal e o Socialismo*, pp. 33-34. Nótese la fecha: 1872... no hay, pues, evolución posible.
122 Cf. la célebre visión de Eça de Queirós en S. Cristóvão. Los *jacques*, tenían picos y utensilios de minero. ¡Entre ellos no había campesinos!
123 Armando de Castro la menciona al lado de la de Proudhon, *Introdução ao Estudo da Economia Portuguesa*, p. 26, 1946. En 1883 se pretendía que la organización española La Mano Negra tuviera ramificaciones en Lisboa. Cf. Bruguera, *Histoire Contemporaine d'Espagne*, Gap., p. 311, 1953.
124 Armando de Castro, p. 312.
125 Hubo, sin embargo, huelgas de trabajadores a jornal en el Alentejo. Cf. Castro, p. 220: de 1903 a 1912 hubo 57.641 (*sic*) huelguistas en la industria, 14.170 en la agricultura.
126 Mário Soares, *As Ideias Políticas e Sociais de Teófilo Braga*, p. 47, 1950.
127 El artículo 21 pide la transformación de las enfiteusis en propiedades plenas.
128 Recordemos que toda una escuela de pensamiento cuyos orígenes se manifiestan en el siglo XV atribuyó la decadencia portuguesa a los abusos del espíritu mercantil y la excesiva importancia del comercio en la economía nacional. El éxito del comercio portugués en la época de los grandes descubrimientos desvió el país de la industria y de la agricultura. Ya nos referimos a esta teoría de la decadencia en dos artículos del *Bulletin des Études Portugaises*. «Autour de Francisco Solano Constâncio», p. 35, 1950; «Chartisme et Septembrisme», p. 27, 1953.
129 Sobre Joaquín Costa, y sobre todo al respecto de su actitud política, pueden consultarse dos recientes publicaciones de Gabriel Jackson: *Costa et sa révolution par le haut*, Estudios de Historia Moderna, Barcelona, III, pp. 287-300, 1953. «Joaquin Costa: prophet of spanish national recovery», *The South Atlantic Quarterly*, pp. 182-192, Abril, 1954. Sobre la actitud política de Oliveira Martins, cf. Silva Cordeiro, *A crise*, cap. VI: «Oliveira Martins e o germanismo na política».
130 Hay mucho que esperar de las investigaciones emprendidas recientemente por Georges Boisvert sobre las relaciones entre las generaciones portuguesa y española de fines del ochocientos. Véase, por ejemplo, «Lettres inédites de Juan Valera et Latino Coelho (Noviembre 1853-Marzo 1891)», en *Bulletin d'Études portugaises*, 1967-1969, pp. 214-286.
131 La primera «Estadística Agrícola» se refiere a Beja (1883); siguen otras: Cuba, Vidi-
gueira, Alvito, Portel, Ferreira, Moura, Barrancos.
132 Cuba, pp. 16 y 17.
133 *Dispersos*, I, pp. LXV-LXVII.

- 134 La revista tuvo una existencia difícil. Aparecieron cinco volúmenes en 1889, 1893; 1895, 1898. Su desaparición corresponde a la venta al público de *Portugalia*. Las páginas de presentación, redactadas por Basilio Teles, constituyen un testimonio muy interesante del estado de espíritu de la joven generación de esa época. Se nota una fuerte influencia positivista, una gran hostilidad en cuanto al catolicismo y mucho desprecio por la política y el arte.
- 135 Cf. el prólogo, p. 5 del tomo II, de las obras completas.
El estudio que sigue fue por primera vez publicado en resumen en la *Revista de Portugal*; de forma más desarrollada en la *Revista de Guimarães*, excepto un capítulo publicado en la *Revista das Ciências Naturaes e Sociaes*.
- 136 Sus obras fueron compiladas después de su muerte por Luís de Magalhães. *Estudos Históricos e Económicos*, 2 vols., 1923, con un prefacio importante: «Alberto Sampaio e a sua obra». Luís de Magalhães pertenecía también al grupo de *A Província*. Debemos señalar que historiadores de categoría como Torcuato de Sousa Soares y Paul Longhouse han rendido homenaje a la obra de Alberto Sampaio.
- 137 «En este periodo de su vida, en su mocedad fecunda y llena de grandes pensamientos, tal vez el autor no estudiase la historia por sí misma», escribe Sampaio. No buscaba nuevos documentos. Utilizaba lo que era conocido con una «lucidez extraordinaria» con vistas a una acción política o económica. Pero «se pasaron los años y con ellos —quién sabe— vinieron las desilusiones. Es de creer incluso que el manosear de libros viejos, de esas crónicas, de casos antiguos, le enseñase qué inútil son los esfuerzos para ordenar lo que desde siglos vive en desorden... El polemista desapareció, para en su lugar, felizmente para las letras, surgir un historiador artista de primer orden», t. II, p. 71.
- 138 Y menos aspiraciones. Vivió siempre en Minho, en Guimarães, pasando por lo menos a fin de su vida, grandes temporadas en Oporto. Recusó ser candidato a diputado.
- 139 I, p. IX.
- 140 Leite de Vasconcelos hace la recensión en el t. I de la *Revista Lusitana*, p. 94. Sus comentarios son puramente filológicos.
- 141 Luis de Magalhães, *op. cit.*, p. X.
- 142 Pp. 155-262, t. II.
- 143 Cf. *Citânia e Sabroso*, excelente noticia descriptiva con mapas y fotografías editada por la Sociedad de Martins Sarmiento, 3.^a ed., 1948.
- 144 No vio la importancia de la «revolución del mijo», que Orlando Ribeiro tan bien describió.
- 145 T. II, pp. 131, 138, 141 y 144.
- 146 P. 117.
- 147 Hay bibliografía abundante. Nos limitaremos a citar dos artículos de André Meynier en *Annales E.S.C.*: «Enigmes d'histoire rurale», n.º 3, 1953; «Problèmes de structure agraire», n.º 1, 1955, y Juillard et Meynier, etc., *Structures agraires et paysages ruraux*, p. 79, Nancy, 1957.
- 148 «Une comparaison: structures rurales en Norvège et dans les contrées celtiques», *Annales E.S.C.*, n.º 4, 1957.
- 149 Art. cit., p. 612.

- 150 Escribe Jorge Dias, el mejor especialista de colectivismo agrario portugués en una nota de su obra sobre el Rio de Onor, p. 75, 1953:
- Conviene también hablar de las *agras*, que parece eran labradas colectivamente. Cf. Oliveira Martins, *Quadro das Instituições Primitivas*, p. 115, 4ª ed., 1929.
- Nada más, pues, de lo que dijera Oliveira Martins. Es de apreciar el punto de escepticismo perfectamente justificado.
- Por su parte, Pierre Birot, excelente conocedor de la geografía agraria portuguesa, escribió una gran obra dedicada al Mediterráneo occidental (Colección Orbis, 1953), a propósito del paisaje y del sistema agrícola del Miño:
- Esta organización del terreno supone evidentemente... que las obligaciones colectivas nunca existieron (p. 115).
- Los problemas planteados por el texto de Sampaio, que completamos por observaciones directas sobre el terreno, no son sencillos. Pero desde ya se vislumbra el inmenso interés del asunto. Si es que hay en el Miño un «complejo rural atlántico» Portugal aparece como una zona de contacto entre este último y un «complejo rural mediterráneo». Por así decir, un supercomplejo.
- 151 Ob. cit., p. VII.
- 152 Obra colectiva publicada para la Exposición de Río de Janeiro, t. I, pp. 73-83. *Formas da Vida Comunalista em Portugal*.
- 153 Es por eso por lo que reprueba a Leite de Vasconcelos por hacer del Minho la región por excelencia de las antiguas costumbres, menospreciando así la importancia del régimen comunitario en Trás-os-Montes y en la Beira. Le reprueba también la insistencia en las luchas que oponen a los campesinos en la división de los terrenos no cultivados, en cuanto que deja en silencio «la admirable armonía que en las aldeas de montaña preside los repartos periódicos» (*Portugalia*, II, p. 135). Hubo una polémica muy animada entre el equipo de *Portugalia* y Leite de Vasconcelos (cf. II, pp. 420 y ss.). Debemos decir que Rocha de Peixoto habló con ironía de las tradiciones populares. La única que le parece original es el *fado* y considera este hecho descorazonador. Cf. el artículo «O cruel e triste fado», en *A Terra Portuguesa*, p. 300, Oporto, 1897.
- 154 «O regime pastoral das populações do Gerês», *Portugalia*, II, 1907 y 1908. *Serra do Gerês. Estudos, Aspectos e Paisagens*, Oporto, 1909. *A Serra, as Pastagens e os Gados*, 1914. Tude de Sousa hizo un estudio de conjunto en una obra publicada en Coimbra en 1927 (*Gerês.— Notas Arqueológicas e Históricas*, pp. 272); el prefacio de Manuel Monteiro y el prólogo del autor dan informaciones sobre el papel de Rocha Peixoto.
- 155 Se trata de Francisco Manuel Alves, abad de Baçal, que dedicó la vida a la publicación de numerosos tomos de sus *Memorias Archeológico-Historicas do Distrito de Bragança*; el artículo en cuestión fue publicado en 1910 en *Ilustração Transmontana*.
- 156 Trabajos publicados en un gran volumen: *Através dos Campos*, 2.ª ed., 1947; la 1.ª es de 1903. En el prefacio se encuentra una interesante cita. Se trata de los recuerdos publicados por un amigo de Silva Picão:
- Un grupo de estudiosos, consagrados a las letras, intentaron el arduo encargo de enseñar a la gente lo que era y lo que todavía es. Continuación del admirable esfuerzo del maravilloso escritor Oliveira Martins, se fundó *Portugalia*, secuencia natural de la tentativa de la Sociedad

- Carlos Ribeiro. Faltaba un etnógrafo con el conocimiento perfecto del Alentejo... Silva Picão fue escogido... (p. XVI).
- La Sociedad Carlos Ribeiro estaba en el origen de la *Revista de Ciências Naturaes e Sociaes*. Cf. p. 269.
- 157 *Le Portugal*.— *La vie sociale actuelle*, p. IX-X, 1935.
- 158 *O Problema Agrícola*, p. 194.
- 159 Carestia da Vida nos Campos, p. 264, 1904.
- 160 *O Problema Agrícola*, p. 191.
- 161 *A Conservação*, pp. 649-650.
- 162 *Projecto de Lei de Utilização dos Terrenos Incultos*. «Tomé como criterio en el diseño de este proyecto de ley las bases doctrinales del programa del partido republicano», escribe el autor. «Incluyen también: el rescate obligatorio de los centros enfi-téticos, la reforma del régimen hipotecario».
- Lo ideal —como dice Ezequiel de Campos— es fijar *los lotes de familia* a una parte de la gente que había de emigrar (p. 10). Ed. de 1911.
- 163 *A Conservação...*, pp. 649-650.
- 164 En particular Ezequiel de Campos. Hay algunas memorias importantes. La más anti-gua, de 1884, respecto del Alentejo.
- 165 *A Emigração*, pp. 312-313.
- 166 *Idem*, p. 315. Debemos agradecer al profesor M. Amzalak, que llamó nuestra aten-ción sobre el carácter «colectivista» de la obra de Lino Neto.
- 167 *A Questão Agrária*, p. 245.
- 168 *Idem*, p. 257.
- 169 *A Questão Agrária*, p. 271.
- 170 *Idem*, p. 37.
- 171 *A Questão Administrativa—O Municipalismo em Portugal*, p. 53, 1903.
- 172 *Ob. cit.*, p. 260.
- 173 Cf. los dos volúmenes publicados en 1910 y 1914 con el título *As Terras de Barba-cena*. El litigio duraba en realidad desde hacía varios siglos.
- 174 *A Questão Agrária*, pp. 256-257.
- 175 Sobre la historia de la geografía en Portugal, cf. A. de Amorim Girão, *Desenvolvi-mento dos Estudos Geográficos em Portugal (1870-1940)*, en el Congreso del Mun-do Portugués, XIII. Indicaciones sumarias en *Bibliografia Geográfica de Portugal*, de H. Lautensach, actualizada por Mariano Feio en 1948. Lautensach destaca la apa-rición en 1930, en la *Geografia Universal*, de Barcelona, t. III, de *Portugal*, de A. Ferraz de Carvalho, «... primera geografía de Portugal hecha con cuidado desde el punto de vista del método y del contenido pero muy breve y sin división regional».
- 176 En lo que respecta a historia, recordemos que disponía de una sólida base: la publi-cación de documentos del abad de Baçal, *Memorias Archeológico-Historicas do Distrito de Bragança*, once volúmenes.
- 177 *Petermanns Mitteilungen*.— *Erganzungsheft*, n.º 213 («Panorama Geral do País») y n.º 230 («As Paisagens Portuguesas»).
- 178 1935, 506 pp.

- 179 Cf. Descamps, pp. XI-423.
- 180 P. XII.
- 181 P. XIV.
- 182 A propósito del Alentejo, n.º 1, p. 188:
 En 1868 fueron abolidos los derechos de uso y de pasto común en los eriales y encinares. Subsisten por tolerancia en algunas parroquias de los municipios de Nisa y Gavião. Véase el caso de Comenda en *Le Portugal méditerranéen à la fin de l'ancien régime (XVIII^e-début du XIX^e siècle)*, f. 2, pp. 1005-1008.
- 183 De destacar: los trabajos de A. César Pires de Lima y sobre todo los que respectan a la Beira Baixa. Esta provincia fue relativamente bien estudiada. Cf. Jaime Lopes Dias, *Ethnografia da Beira*, ocho volúmenes, 1929-1953, y las publicaciones de José Ribeiro Cardoso. Este último, sacerdote, abogado y administrador, se interesó mucho por las supervivencias comunitarias. Se especializó incluso en la defensa de los campesinos contra los propietarios. Pudimos verificar su importancia en el Norte del Alentejo. Fue llevado a recoger documentación histórica y participó largamente en la publicación de dos importantes volúmenes, *Subsidios para a História Regional da Beira Baixa* (1940 y 1950).
- 184 Prefacio de *Vilarinho da Furna*, p. VIII.
- 185 *Bosquejo*, p. 26.
- 186 Sobre sus actividades cf. *Bosquejo*, pp. 40 y ss.
- 187 *Vilarinho*, 276 pp., Oporto, 1948; *Rio de Onor*, 584 pp., 1953.
- 188 P. 19.
- 189 La cuestión fue también analizada en un artículo de J. de Carvalho: «A cultura castreja, sua interpretação sociológica», *Ocidente*, Julio de 1946. El autor preparaba entonces un volumen sobre los «Orígenes de la mentalidad y la cultura portuguesa», lo que le llevó a interesarse por la civilización de los castros.
- 190 Cf. la definición de etnología publicada en 1924 en el tomo 26 de la *Revista Lusitana*, p. 261; la *psique* es el *volksgeist* de los etnólogos alemanes.
- 191 El problema interesa también en Brasil. En un estudio sobre la «entrajuda» en la vida rural de este país Clóvis Caldeirão pregunta cuál podrá haber sido la influencia de los hábitos comunitarios portugueses (*Mutirão*, Sao Paulo, 1955).

* La expresión *tom* es tono, vigor, tensión y muchas otras cosas, que hacen difícil de traducir al español de modo unívoco [N. del T.]

** La itálica es suya [N. del T.].

*** Puede consultarse sobre el asunto el libro *Le Portugal méditerranéen à la fin de l'ancien régime (XVIII^e-début du XIX^e siècle)*, f. 2, pp. 845-1021 [N. del T.].

**** Aunque pudiera traducirse por campos, se refiere a una situación especial que preferimos dejar en portugués [N. del T.].

La FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA es una institución privada de carácter cultural adscrita al Instituto de Estudios Altoaragoneses. El cumplimiento de sus fines está confiado al Patronato rector. Tales fines quedan definidos en el artículo 5.º de los Estatutos de la siguiente forma:

A) Facilitar el *conocimiento pleno de la obra* de don Joaquín Costa, contribuir al estudio de su personalidad, formar una Biblioteca especializada y reunir colecciones documentales sobre diversos aspectos del período considerado.

B) Promover, fomentar y llevar a cabo *estudios, investigaciones y proyectos* en materias relacionadas con el Derecho, la Historia y el progreso social y económico de España. Sin marcar límite estricto a la programación de actividades, el Patronato dará preferencia a las que sean susceptibles de aplicación específica, tales como las propias de las siguientes disciplinas, que se citan a título de mera indicación:

- Economía Agraria.
- Desarrollo de recursos naturales.
- Energía y política hidráulica.
- Expansión industrial.
- Ecología y medio ambiente.
- Política social.
- Econometría y modelos macro económicos.

C) *Acción cultural* en forma de conferencias, cursos y publicaciones varias, incluso las de boletines informativos y revistas.